

Un camino para todos



Colección Letras No. 74

UN CAMINO PARA TODOS

Carátula y Dibujos: Luis Gélvez R.

SE HIZO EL DEPOSITO LEGAL - DERECHOS RESERVADOS

IMPRESO EN COLOMBIA - PRINTED IN COLOMBIA

Se terminó de imprimir este libro en Editorial Andes, el 22 de diciembre de 1976.

EDITORA DOSMIL

Cra. 39A No. 15 - 11 Tel.: 69 - 48 - 00, Bogotá - Colombia.

CO
863.6
L6191

2000
editora
dosmil

CIRO ALFONSO LOBO SERNA

**UN CAMINO
PARA TODOS**

PRIMERA EDICION

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
CATALOGACION

**ACCION CULTURAL POPULAR
BIBLIOTECA DEL CAMPESINO**

COLECCION LETRAS No. 74

*El doctor Lobo
cuente Franch,
de la Biblioteca
Angel Arango.
Cordialmente
Ciro Alfonso Lobo Serna*

*Director
"P" mis
Banco de la Republica
Biblioteca Luis Angel Arango
1907 sept. 77*

99

10-15-80-asm

501721

INDICE

	Pág.
PRESENTACION	7
CAPITULO I	9
CAPITULO II	13
CAPITULO III	24
CAPITULO IV	27
CAPITULO V	35
CAPITULO VI	45
CAPITULO VII	55
CAPITULO VIII	57
CAPITULO IX	63
CAPITULO X	71
CAPITULO XI	78
CAPITULO XII	91
CAPITULO XIII	98
CAPITULO XIV	111
CAPITULO XV	114
CAPITULO XVI	119
CAPITULO XVII	127

DEDICATORIA

A Martha Cecilia, mi compañera en la vida a través del mutuo amor, de la fe y de la esperanza, en cuya alma se anidan, como en regazo materno, los sinsabores que lloran, las alegrías que saltan, y todos esos chispazos, a veces rudos pero siempre bellos, que se escuchan tiernamente en los jardines infantiles.

Presentación

Con un saludo para vosotros, bondadosos maestros y maestras de Colombia, que tantas veces dibujáis luceros con sustantivos, con restas, con sumas, con historias, con verbos y con pronombres, he venido a traeros un cuento que parece largo, o una novela demasiado corta. Interpretar estas páginas como lo uno o como lo otro, es cuestión de pareceres, si tenemos en cuenta que de unos años a esta parte, se han abandonado —hasta en la puntuación— los viejos cauces de la preceptiva, cuando empezaron algunos a considerar, dogmáticos, que ya “la literatura dejó de ser cosmética”.

Personalmente conceptúo que es un cuento sencillo, como sencilla es la más humilde de las escuelas rurales. En él. . . también encontraréis luceros, pero éstos sólo brillan con la luz de su nombre. A falta de completa lumbre les dejé en el fondo pedacitos de alma, y puse en varios capítulos aromas de recuerdo.

Deliberadamente me abstuve de pintar aquí unos “labios seductores”, o de narrar fugas amorosas en los momentos de “clarear el alba”, o la posesión que llega por camino de promesas o por sendas de violencia.

Considero que el mensaje, compromiso primero del autor con sus lectores, no necesita de labios, ni de fugas, ni de posesiones, ni de violencia, para hacerse comprender en su deseo de renovación.

Mi personaje, Alicia Trespalacios, esa Alicia que ha vivido en el recuerdo de muchos o en el corazón de todos, pocas veces la habréis visto como la protagonista de cuentos o de novelas. Y

el escenario en que actúa se ha mencionado apenas a la vera del camino en muchas ocasiones. Parece, pues, que ella ha sido un personaje olvidado por los buenos escritores.

Para que estos capítulos lleguen mejor a vosotros, cambiad los nombres propios de mi cuento, que la imaginación lo puede y el recuerdo no es esquivo en situaciones como éstas. Algo más: bautizad a las personas que he traído al escenario sin nombre de pila. Ello tampoco es difícil, pues sus funciones las identifican.

Cuando hayáis realizado este proceso de cambio, de sustitución, decid, entonces, como yo lo espero, que también podéis vosotros, maestros y maestras, y vosotros, lectores de otros campos de permanente actividad humana, descubrir un nuevo mundo para vivir en él, con más holgura, desde un viejo escritorio, desde un surco lejano, desde modernos pupitres, desde caminos muy largos, desde tiendas olvidadas, desde las carreteras; en fin, desde los lugares en que a todos nos pusieron, según nuestras capacidades, para cumplir a conciencia nuestras obligaciones.

No termino este saludo sin destacar, con toda justicia, ese trabajo digno de alabanza que, desde hace algún tiempo, la EDITORA DOSMIL se ha propuesto, para que llegue a todos los rincones de nuestra amada Colombia, su mensaje cultural de fe en el porvenir, de esperanza en el progreso, mediante la publicación de libros y de folletos que estaban haciendo falta en muchas bibliotecas, como obras de consulta para los campesinos, para los artesanos, para los estudiantes, para los empleados y, en general, para toda clase de lectores.

EL AUTOR

CAPITULO I

Hay muchas maneras de representar el drama que se llama *La Vida*. Cuando el teatro denominado Mundo, se ilumina con fuegos de Belial, o de infierno, se visten los actores con ropajes muy débiles, que son los de las almas frívolas, los de las almas ligeras. Y caracterizando así los episodios innumerables de ese drama, se convierten los actores en seres sin importancia, en títeres que exhiben barbas de mariega, barbas de pura yerba.

Pero cuando el escenario inmenso se alumbraba con amor, y con fe y con esperanza, se destruyen y se botan, y se pierden las indumentarias ligeras. Así, los mismos actores representan, es decir, protagonizan, escenas con verdadera gracia y con sana alegría. Desaparecen pronto los títeres. Aumentan los espectadores. Y los aplausos de verdad no faltan.

Siempre será para mí la sentida Villa Hermosa un poblacho de esperanza. La seguiré recordando casi con el mismo amor que me despierta el nombre de Belén, donde, "la noche lejana que fue nuestro día", los ángeles interpretaron las canciones y los himnos más bellos de la vida, porque en Belén fue donde nació el amor de los amores.

En el pueblo y en el campo afirmaba la gente que la maestra rural de Villa Hermosa perdía mucho tiempo y que no enseñaba nada.

Ella sabía perfectamente que tales afirmaciones estaban fundadas en hechos reales. Por eso, no pocas veces sintió rubor y remordimiento de que viniéndose al pueblo todos los viernes por la mañana para volver de nuevo a la "fracción" los martes, al comenzar la tarde, todavía sus alumnos le dijeran "maestra". Aún le quedaban doce muchachitos de los cuarenta y dos que había logrado reunir en la matrícula de aquella escuela rural.

El telegrama de nombramiento como "directora de la escuela rural de Villa Hermosa, municipio de. . . X", fue recibido por ella como el mejor regalo de Año Nuevo. Esa comunicación departamental estuvo a punto de desgarrarse en sus manos. Lo abría muchas veces para leerlo y releerlo con cierta dosis de nerviosismo alegre. Lo cerraba nuevamente, y tornaba a abrirlo. Quizás para convencerse de que en las pocas líneas allí escritas había una verdad expresa.

Estando ella en presencia de sus familiares o de sus amistades, veía cómo ese documento, que había recibido como un favor, pasaba por muchas manos, atraía con fuerza miradas de sorpresa, delataba o descubría la envidia oculta en muchos ojos, y luego regresaba a las manos sudorosas de la destinataria.

Frases vanas de lisonja o congratulaciones bastardas, se escuchaban a medida que se iba conociendo el telegrama, ya marchito, sudado y mugriento.

¿Y por qué sus familiares y muchos de los suyos extrañaban el honor que ella recibía con ese telegrama. . .? ¿Y por qué considerar a la nueva maestra como si fuera una hija espuria o natural de la ciencia, si muchos y muchas de quienes serían sus colegas en poco la aventajaban. . .?

La bellísima hija de don Claudio, el herrero del pueblo, había enseñado alguna vez que la graciosa ciudad de Cali era un departamento de la república de Colombia, lo cual le valió su desprestigio como educadora.

Alicia Trespalacios, esta nueva maestra rural de Villa Hermosa, sí sabía distinguir entre una ciudad y un departamento, como para no enseñar mentiras a esos alumnos que el gobierno y los padres de familia campesinos iban a confiarle. Algo, al fin de cuentas, había aprendido ella después de haber cursado dos y medio años de bachillerato.

Cuando estaba muy cerca la apertura de matrículas, se dirigió a las oficinas de la alcaldía de su pueblo para tomar posesión.

Al entrar en el despacho del señor alcalde, para que éste le tomara el juramento de rigor, observó que uno de los empleados la miró y en seguida comenzó a reírse con la cabeza agachada. Ella, entre tanto, se turbó un poco, sintió que la sangre le subió a la cabeza, y se le hizo casi imposible estampar su firma en el libro de actas de posesión, porque la mano le temblaba.

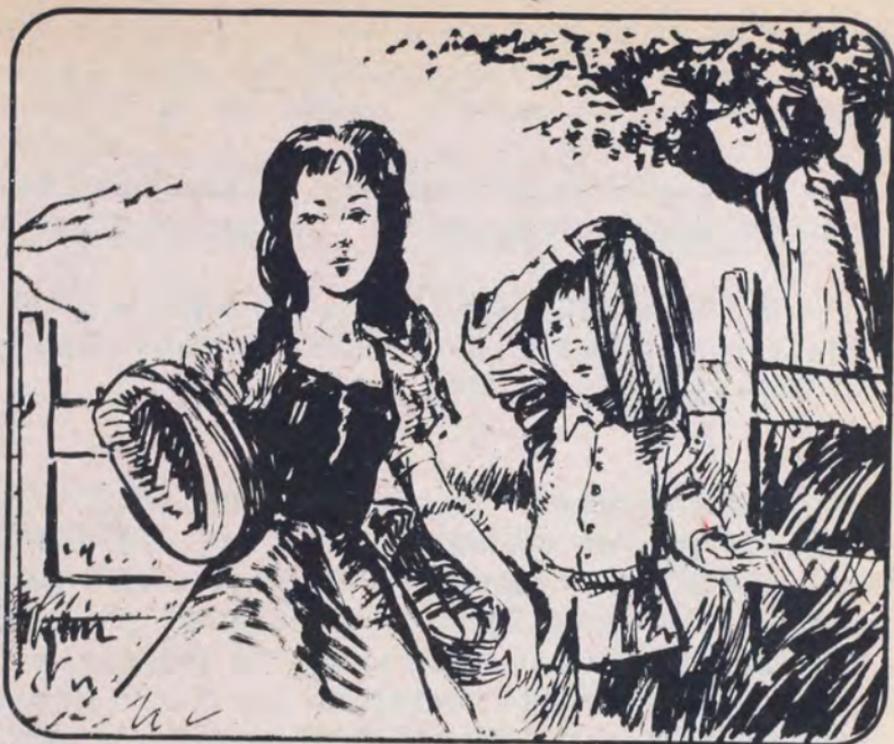
— ¿Está usted enferma?, le preguntó el alcalde.

— No, no, no... se...ñor alcalde. No se preocupe. No es na...na...da.

Cuando el empleado que se reía escuchó que Alicia tartamudeaba, salió rápidamente de la oficina para no cometer allí una imprudencia. Regresó cuando advirtió que Alicia había salido. En el despacho del señor alcalde hubo en seguida un breve diálogo alrededor de la posesión de Alicia. El jefe de la administración municipal no extrañó el nombramiento de la muchacha. Antes bien, dijo que otras menos preparadas que ella también habían sido nombradas y, sin embargo, nadie se había ocupado en criticarlas desfavorablemente.

Después de la posesión, Alicia se proveyó de todo lo necesario, y se dispuso a marchar sin demora a su lugar de trabajo.

Para llegar a la “vereda” o sector rural de la parroquia en que estaba ubicada la escuela, vereda que, como ya se sabe, tenía el nombre de Villa Hermosa, iría acompañada de un su hermano, que estuviera con ella en la escuela, mientras lograba familiarizarse con la vida del campo, pues lo cierto es que Alicia jamás se había apartado de su casa, y mucho menos para vivir sola en el campo. Como no estaba acostumbrada a convivir con la naturaleza, podrían presentársele dificultades; principalmente por la soledad, por el alejamiento.



CAPITULO II

— Todavía falta mucho, Manuelito, para llegar a la escuela. Es que... según las indicaciones que me dieron, falta como una legua, porque éste es el punto que llaman El Alto.

El se quedó mirando a su hermana con el ceño infantil envuelto en un aire escrutador. En seguida dijo a la nueva maestra:

— Me duelen mucho las piernas, Alicia, y el calor me hace sudar mucho. ¿Por ahí como a qué hora iremos a llegar...?

— Pues yo calculo que a las diez, porque ya hemos caminado más o menos ocho kilómetros y salimos desde las siete y cuarto de la mañana.

— ¿Por qué no descansamos aquí un poco, Alicia? La maleta pesa mucho. Ya casi no aguanto.

— Sí, Manuelito, sentémonos en aquella planadita y comamos algo para ver si tenemos alientos de llegar. ¿No te parece?

Se había sentado él, precisamente, en el sitio indicado por su hermana. Alicia no tuvo tiempo de hacerlo, pues cuando se disponía a ello para sacar un poco de fiambre de la bolsa que había llevado, tres caballeros, jinetes en briosos corceles, se detuvieron cerca de los dos viajeros. La nueva maestra rural, sobresaltada un poco, les dirigió una mirada como de sospecha junto al miedo.

La pregunta salió de los labios del hombre en cuyo rostro se reflejaba el peso de muchos años dedicados a las duras faenas del campo:

— ¿Es usted la nueva maestra de Villa Hermosa, si no toy equivocado?

— Ah. . . eh. . . sí. Sí, señor. Mucho gusto.

Así habló ella con una tímida sonrisa y correspondió al saludo de los tres desconocidos. Les fue tendiendo la mano derecha, como ellos habían empezado a hacerlo al tiempo que le iban

dando sus nombres arrancados, por cierto, con muchísima fuerza del almanaque de Bristol, o de un martirologio romano:

- Casiodoro Tapias, señorita.
- Cleto Rosado. Pa' servile, señorita.
- Toribio Torres. ¿Cómo ta vusté?
- Mucho gusto. Alicia Trespalacios.

Se encargó ella en seguida de presentarles a su hermano. Este, confundido quizás con la presencia inesperada de los que parecían gamonales de la "fracción", tendió al más viejo la mano derecha, y dijo:

— Casiodoro Rosado. . . Digo: Cleto Tapias. . . Digo: ¿Cómo es?. . . Manuelito.

En seguida, comenzó a llorar este niño de once años. Alicia, comprendiendo el trance en que su hermano se encontraba, dijo a los tres recién llegados:

— Es que está confundido y como nervioso. El es Manuelito, o mejor dicho, Manuel Trespalacios, mi hermanito menor.

Dirigiéndose entonces al niño, no sin antes haberlo mirado de hito en hito, como los otros dos, le dijo don Casiodoro:

— No llore, niño, que no ha pasao na. Y agregó: Lo que pasa es que vusté ta nervioso. Pero tos nosotros semos gente de paz. Semos de confianza. Empréste pa' acá esa maleta, mijito, que vusté como que va que ya no aguanta. Venga más bien conmigo, y yo lo llevo en la cabeza de la silla pa' que vusté no se canse.

Entre tanto, Alicia, confundida también, daba las gracias a don Casiodoro, consolaba a su hermano, miraba desde allí el camino que les faltaba y pensaba muchas. . . pero muchas cosas.

— Vusté, señorita, váyase en el caballo que tiene Cleto, que pa' vusté lo trajimos. Lo que no sabíamos era que venían vustedes dos. Pero eso no importa.

No fue mucho, ciertamente, el sobresalto de Alicia, pues muy grabado tenía en la memoria el nombre del señor Tapias, gamonal de la "fracción", que es como decir, el jefe de la vereda.

— Allá tiene usted, le dijo el señor cura antes de irse ella, a don Casiodoro Tapias. Es un hombre rudo, sí, pero un gran colaborador. Pórtese usted muy bien, hija, que los gamonales se imponen en cualquier parte. Ellos son como dueños y señores. Don Casiodoro es un buen señor. Un poco rudo, ya le dije, pero muy franco. Cuando tenga alguna dificultad, porque le falte dinero, o comida, en fin. . . comuníquesele a don Casiodoro, que él se encargará de ayudarla. Tenga muy presentes estos consejos y verá que todo andará bien con usted en Villa Hermosa. . .

El señor cura le había hablado así dos días antes de salir Alicia de su pueblo, rumbo a la escuela que le habían confiado, y no por cierto la mejor de la parroquia.

Cleto había sido el último en apearse para saludar a la muchacha, que tenía una edad como de veinticuatro años. El hombre sostenía el caballo de las riendas, con la mano izquierda, dispuesto a presentárselo a la maestra, para que ella se sintiera cómoda en lo que aún faltaba de camino. El campesino, por su parte, llevaría al hombro la maleta. Don Casiodoro se la había entregado momentos antes, y él la había colocado junto al caballo que sostenía para que en él se montara Alicia

La subida de la muchacha a la silla fue todo un espectáculo. ¿Cómo iba a subir con naturalidad y sin nerviosismo, si ignoraba completamente el arte de cabalgar?

Decidió entonces, contra la voluntad de don Casiodoro, continuar la ruta a pie, así como había llegado hasta El Alto. El descenso tendría que ser más fácil. Y, acompañada como iba por unos desconocidos que ahora le infundían respeto, el camino se haría más llevadero, más rápido, más suave quizás.

Durante el recorrido hablaron de varias cosas. Cleto, el señor de la vereda que había cedido su cabalgadura a la maestra, lamentaba no haber estudiado en el pueblo, para haber seguido alguna carrera. El otro hablaba poco, y cuando llegó a in-

tervenir, lo hizo para dar respuestas cortas a preguntas esporádicas que le hacía don Casiodoro, como para que él corroborara alguna afirmación del viejo. Más bien escuchaba al niño, quien le daba cuenta de sus progresos en la escuela urbana. Alicia, corta de palabras y de ideas, mejor hablaba con gestos para aceptar y para rechazar, según los casos, alguna afirmación o alguna negación de las que salían de los labios de don Casiodoro. Lo cual equivalía a estar de acuerdo con este hombre, para no emproblemarse, o para darle a entender que comulgaba con todo lo que él decía.

Solamente un concepto largo salió de la boca de Alicia, y fue cuando manifestó:

— Yo siempre he pensado, señor Tapias, que la vida del campo es lo mejor que hay. En el campo, por ejemplo, no se ve tanta corrupción como hay en el pueblo, donde todo es con la grosería. Todo lo que usted ha venido diciendo es como un evangelio. Me gusta oírlo hablar así, señor Tapias, porque a una le sirve de experiencia. Bien me decía el padre Serafín, que usted era un señor en quien yo podía confiar.

— ¿De modo y manera que vusté ya me había oído mentar?

— Sí, señor. El padre Serafín me estuvo hablando largo rato de usted. Veo que le tiene mucha estimación.

La conversación hizo más llevadero el viaje, y llegaron las cinco personas a la escuela en menos

tiempo del que Alicia y su hermano habían calculado.

— Güeno, señorita Alicia, ahora sí descanse, le dijo don Casiodoro, mientras llega la hora del almuerzo. Eran las nueve y cuarenta minutos.

— Nosotros semos probes, agregó él, y por eso nos van a perdonar. Cuando sea la hora, puay a las doce y media o a la una, yo vengo por vustedes, pa' que tamién conozcan a Susana, mi mujer.

— ¡Ay, no! No se moleste, don Casiodoro, que yo puedo ir a conocerla ahora, lo mismo que a sus niños, que son. . . ¿cuántos me dijo? . . .

— Cinco. Tres muchachitas y dos niños.

— Ah, sí. Se me había olvidado. Pues si le parece, vamos, señor Tapias. Yo no estoy muy cansada. Quién sabe Manuelito. El sí como que está cansadito.

— Mire, señorita. Yo sé lo que esto significa, después de to' lo que vustedes caminaron. Descanse tranquila aquí, que ya habrá tiempo pa' lo demás.

El gamonal Tapias había abierto la puerta principal de la escuelita.

Cuando se despedía le dijo:

— Tenga entonces las tres llaves de la casa. Les puse estas cuerdas de distinto color pa' que no se le confundan.

El viejo le entregó las tres llaves y se despidió. Sus dos compañeros, Cleto y Toribio, ya se habían alejado de la escuela.

Acompañada entonces por Manuelito, Alicia empezó a conocer el templo de sabiduría elemental en que ella debía comportarse como un apóstol, según los deseos del señor inspector de educación, y según los consejos del padre Serafín. El inspector le había dado ciertas instrucciones, y le había indicado, además, cuáles eran los libros que debía llevar, para la buena marcha de la escuela.

Alicia no tardó mucho tiempo en conocer todo el local y sus alrededores. Era una casa de bahareque con tres alcobas, dispuestas en serie, como los vagones de un tren. Tenía techo de paja. Los pisos eran de tierra.

Había allí un pequeño huerto en el que cultivaban hortalizas al lado de dos frutales. Como una culebrilla de cristal pasaba por el huerto el remedo de una fuente, que iba a perderse en la lejanía, por entre unos pastizales.

Hacia el costado occidental de la escuela soplaba con cierta frecuencia un aire agudo y cortante; y en la espalda de la misma, se formaba como una muralla de montículos, donde solían jugar los alumnos durante los momentos de recreación. Desde allí se veía, mejor quizás que de otros lugares, la diminuta quebrada que atravesaba el pequeño huerto.

Cuando Alicia y su hermano descansaron, al encontrarse solos en la escuela, se dio ella a la ta-

rea de abrir la maleta que había llevado. Allí venían cuadernos al lado de zapatos, de medias, de vestidos, de ropa íntima, de toallas, de pasta dental, de jabones, de un cepillo y de dos cobijas. Colocó todo esto en el lugar adecuado, y empezó a mirar los cuadernos. Era viernes. El lunes siguiente comenzaría la matrícula, según las órdenes que había recibido en la cabecera municipal, su pueblo de origen. Entre tanto, buscó el cuaderno que consideraba mucho más urgente que el mismo libro de matrículas. Era el historial, un libro que prescriben los cánones didácticos, como para evocar recuerdos.

— Para no atrasarme, dijo, esta misma tarde, después del almuerzo, lo empecé a llenar, Manuelito. Y agregó: Quién iba a creer, ¿no...? Pensar que cuando yo era niña y tenía tu misma edad, Manuelito, me reía de mi maestra en el colegio de las hermanas y le hacía coger unas rabias que la obligaban a llamar a mi papá.

— ¿Y mi papá no te regañaba?

— Pues al principio sí. Pero como la señorita Leonilda lo hacía llamar como tan de seguido, pues él a lo último no le fue parando bolas a eso, y más bien se reía de las rabiets de misiá Leonilda. Pobrecito mi papá. Lo que pasa es que él me quería mucho, Manuelito, y por eso dejó de atender las llamadas al colegio. Desde entonces se acabó la amistad que había entre la casa de ella y la de nosotros. A veces pienso que papá tuvo la culpa, en parte, porque me dejó hacer lo que yo quería. Una se da cuenta de estas cosas

después que sale del colegio. Vos no sabés, Manuelito, cuánto me arrepiento de no haber seguido estudiando, para haber sacado un título.

— ¿Y por qué te salites vos del colegio, Alicia? ¿Fue que te sacaron o que te botaron?

— Pues propiamente fue que me botaron. Llegó el momento en que yo no me preocupaba por estudiar y empezó a irme mal, mal, mal, hasta que perdí el segundo año y tuve que empezar a repetirlo. Y como lo estaba repitiendo, tampoco estudiaba porque yo me sentía más preparada que mis compañeras. Entonces sí fue cierto que me descontrolé. Perdí los exámenes de mitad de año, y llamaron a mi papá. Entonces sí acudió al colegio, pero tuvo una discusión con la madre. Eso se supo en todo el pueblo, porque, como dicen: pueblo chiquito, infierno grande. Salí, pues, del colegio, y me quedé sin hacer nada. Desde que murió papá, ya me tocó a mí, por ser la mayor, ayudar a mamá y ayudarlos a criar a ustedes.

Alicia se expresaba como con cierta nostalgia, y el niño la escuchaba con suma atención, sentado, como su hermana, en una cama de hierro todavía desnuda de colchón, de cobijas y de sábanas.

— Y pensar que ahora, Manuelito, ¡quién lo creyera!, yo también soy una maestra como doña Leonilda, una educadora. Pueda ser que me vaya bien. Dicen que de aquí han sacado volando a las maestras que nombran. ¿Qué será lo que pasa?

— Pues será que dan motivo. . . Yo creo que con vos no será lo mismo. Es que las otras tal vez no sabían nada.

— Ay, pero yo tampoco sé mucho, que se diga, Manuelito. Yo no sé, francamente, qué voy a hacer.

— Pero. . . no dice mi mamá. . . ¿cómo es. . . ?
La práctica del maestro.

— No, bobo. Es así: la práctica hace al maestro.

— Bueno, Alicia, ¿y entonces?. . . Yo creo que para enseñar en un campo no tienen que ser muy sabias las maestras. ¿Ahí no está, pues, de maestra la hija de don Serapio? Dicen que no es mucho lo que ella sabe.

— Bueno, pero es que dicen. Y a mí, en cambio, me contaron que ella había conseguido muy buenos libros, y que ella misma estudiaba por cuenta propia. El señor inspector de educación como que piensa traérsela para la escuela urbana de varones.

— Pues vos verés, Alicia.

+++++

CAPITULO III

A las doce y diez minutos llegó don Casiodoro con tres de sus hijos, para llevarse a la nueva maestra y al hermano de ella. Ahora no se turbó, como le había ocurrido en El Alto. Serenamente y con un semblante que rebosaba de alegría, se dio a conocer de los tres hijos del gamonal, hizo alabanzas de la buena salud que mostraban los tres niños, o, más precisamente, dos niñas y un niño, y les echó el brazo derecho por sobre los hombros, para infundirles confianza. Don Casiodoro sonreía, como orgulloso de que la nueva maestra se expresara tan bien de unas criaturas a quienes ella veía por primera vez.

Salieron de la escuela. Caminaron un poco. Llegaron a la casa del señor Tapias. Se sentaron los dos, después de conocer a doña Susana, la esposa de aquél. Parecía, ciertamente, un hombre bueno y serio. Tenía razón el señor cura.

Les habían preparado un suculento sancocho de gallina, uno de los platos más preferidos en la mayoría de nuestros campos, cuando se quiere celebrar algo que está fuera de lo ordinario: un cumpleaños, una primera comunión, la llegada del hijo que estaba en el cuartel, la visita del señor cura o del padre misionero, la llegada de la maestra, etc.

La comida fue abundante; la conversación, muy frugal. No podía exigirse más.

Tal vez para que las palabras fueran más abundantes que la sopa y que todo lo que habían servido en la mesa, don Casiodoro trajo a cuento lo sucedido en la mañana, cuando Manuelito olvidó su propio nombre, y se presentó como Cleto Rosado y no como Manuel Trespacios. Todos allí tuvieron que reírse; hasta el muchacho, a cuyo rostro acudieron arreboles de pena, que él mismo se encargó de disipar, con algunas salidas inteligentes.

Cuando todos terminaron, doña Susana se deshacía en cumplidos para con Alicia. Ella aceptaba todo aquello al pie de la letra, conocedora de que la gente campesina de su región difícilmente regala una mentira, y de que cuando aprecian a alguien lo hacen con sinceridad.

Doña Susana era el prototipo de la mujer amable y bondadosa. Todos la respetaban. Todos la obedecían. Todos le tenían confianza, empezando por el señor cura, el padre Serafín, venerable anciano a quien la gente del pueblo y la del campo consideraban como un santo, y le atribuían el don de obrar milagros.

Cuando Alicia regresó a la escuela, dispuesta a escribir en el historial su llegada a ese lugar, se puso a leer la primera página de todos los cuadernos que había llevado con el nombre de libros. He aquí los títulos: Libro de matrícula, Libro de actas, Libro de calificaciones, Observador de alumnos, Libro de registro escolar, Preparador de clases, Anotador de lecciones, Libro de anotaciones varias.

Tomó entonces el historial, y escribió en él con una ortografía apta para suscitar hilaridad en personas de mediana cultura, lo siguiente: Día 2 de febrero. Llegué por primera vez a esta escuela de Villa Hermosa. Salieron a recibirme tres señores, que se llamaban así: don Casiodoro Tapias, don Cleto Rosado y don Toribio Torres. Yo vine con mi hermano, Manuelito. Don Casiodoro nos llevó a almorzar a su casa, y me presentó a su señora, que es doña Susana (y no recuerdo el apellido). Quise ir a donde el señor inspector de policía para ofrecerle mis servicios, pero me dijeron que desde ayer se había ido muy lejos de aquí para capturar a un reo. La escuela me ha parecido buena. No es como me decían. Creo que voy a amañarme aquí.

La tarde se ausentó como de pronto, y le abrió paso a la noche. La maestra durmió plácidamente, quizás por el cansancio que se había hecho sentir en todo su cuerpo por la dura jornada de ese día.

CAPITULO IV

Alicia, después del descanso de dos días, llegó al lunes, primer día señalado para la apertura de matrículas. Entre niños y niñas, recibió a 16. El martes, a las tres y treinta minutos, el número total de alumnos llegaba a cuarenta y dos.

Daba gusto mirar a esos niños cuando llegaban acompañados de sus padres o de algún familiar para matricularse. Los más de ellos eran tímidos, venían de sombrero, de pantalones cortos, de saco y de cótizas o alpargatas generalmente blancas, aunque el tiempo y el invierno, cuando no era el polvo de los caminos retorcidos y angostos, se habían encargado de poner sus granitos de arena para ocultarles esa blancura.

Las niñas, aún más tímidas que aquéllos, llegaban con las cabecitas cubiertas por raídos gorros de lana o de tela, con dos trenzas al aire, amarradas en la punta por cintas de color rojo, y con vestidos de mangas cortas y de faldas largas. Estas, al cubrirles las piernas, les llegaban muchas veces hasta los pies, quizás para resistir un poco las embestidas frecuentes de los mosquitos, que tenían como el privilegio de convertirles fácilmente las piernas en mazorcas.

El primer día de clase empezaron a llegar los niños a las ocho y treinta minutos de la mañana. Iban presentándose con intervalos de 5, de 8 y hasta 10 minutos. Era apenas natural aquello, pues no todos vivían a igual distancia de la escuela.

De esa manera se les hacía imposible a muchos recibir las enseñanzas que estaban programadas para un período de 45 minutos.

Aquella mañana sólo pudieron reunirse, cuando eran las nueve, 16 de los 42 muchachos que, entre niños y niñas, se habían matriculado.

Pero si era difícil para la maestra congregar a un tiempo a todos los chiquillos, era mucho más difícil para ella dictar su primera clase en calidad de nueva educadora.

En el Preparador de clases había anotado ella lo que debía enseñarles como primera clase. En letras mayúsculas había escrito: Lenguaje. Pero, al ver esa palabra, cualquiera podía advertir que por aquellas inevitables citas de la duda en punto de ortografías, se había librado en el cuaderno de Alicia una tremenda batalla entre la j y la g, al escribir la terminación aje. Efectivamente, la palabra lenguaje estaba escrita con g en la sílaba final, pero tenía un punto muy bien marcado en la cabeza, como para delatar que había nacido como una j, y que la nueva maestra como que se había encargado de esconderla.

Hubo niños que ese día no se hicieron presentes desde la primera hora, reducida, por la espera, a sólo quince minutos. Enseñanza de las vocales y de las consonantes. Este era el tema que había preparado la maestra, pero el tiempo no le alcanzó ni siquiera para demostrarles que las letras vocales eran cinco.

El niño Julio Santillana hizo su entrada en el salón cuando eran las ocho y cincuenta y cinco minutos. Desde sus siete años cumplidos saludó cortésmente. Venía sudando y jadeante, como si hubiera estado corriendo para ganarle la partida al tiempo. Pugnaban por salirse de la nariz dos velillas de mocos, pero él lo impedía con inspiraciones fuertes, a falta de un pañuelo que le sirviera de ayuda para expulsarlas.

Aunque algunos de los niños que habían llegado antes explicaban el retardo, ante los requerimientos de la señorita maestra, ella, cuando entró Santillana, le dirigió estas preguntas:

- ¿Cómo se llama usted, niño?
- Julio, le respondió él, con naturalidad.
- ¿Julio qué?, insistió Alicia.
- Julio Santillana.
- Pero éstas no son horas de llegar, mijito.
- Ju. . .ju. . .jué que me cogió el tarde, señorita.

El niño comenzó a temblar, pero Alicia no lo advirtió inicialmente. Se prolongaron en seguida más las velillas de la nariz, que llegaron casi hasta la boca, como para no mezclarse con dos lágrimas que se abrían paso por sobre las mejillas terrosas del recién llegado.

El continuó hablando. Le respondió a medias, entre pucheros, en forma tal que hubiera podido conmover a quienes tienen corazón de plomo: — Ju. . . ju. . . jué que me tocó también ordenar esta mañana con mi hermano Juvenal, y no tuve tiempo ni pa' tomame el desayuno. Pero yo, señorita, no lo güelvo a hacer. Dígale vusté a mi papá. Yo no he tenío la culpa. Créigame, señorita. Yo no he tenío la culpa.

La maestra no supo entonces qué responder. ¿Se sentiría culpable. . .? Los niños tampoco hablaban, pero todos miraban a Alicia con ojos extraños.

Por la tarde no vino Julio Santillana. Pero en cambio de él se presentó el papá, un hombre fuerte, un campesino de garra.

Alicia había dormido un poco, quizás para recuperar las fuerzas perdidas en la mañana. Era ya el momento de recibir a los alumnos. Estos merodeaban junto a la escuela. Algunos se entretenían con una cáscara de naranja. El padre de Julio tocó, y Alicia salió a recibirlo. El no quiso entrar.

— Vengo, dijo, a explicale, maestra, que Julio Santillana, mi muchacho, no puede venir todos los días a la escuela, porque él, con Juvenal, que es el mayor, tiene que ayudame en el ordeño. Yo no cuento con más ayuda que la de mis dos hijos. Apenitas me valgo de Julio y Juvenal, pa' que me ayuden a pontiar pa'l ordeño de las dos vaquitas que tengo. Nosotros semos muy probes, y yo solo no puedo atender los oficios del campo.

— Pero. . . señor Santillana, si su niño no puede venir todos los días, entonces no puede aprovechar nada, y lo que pasa es que ni una cosa ni la otra.

— Pues mire, maestra, la otra que teníamos aquí dejaba que mi muchacho viniera cuando pudiera. Ay me tiene que nosotros no tuvimos naitica qué sentir de ella. Y yo le digo una cosa, maestra, y perdóneme que yo soy un hombre diplomático, es decir, bruto. Pero pa' uno ganase la vida en el campo. . . pues tampoco necesita ser letrao. ¿No le parece a usted. . .? Con tener confianza en Dios y la Virgen es suficiente, como decía mi papá. Yo no sé ni la o y aquí me tiene usted. Probe, sí, pero muy honrao. Ahhh. . ., eso sí. Pregunte por aquí a cualquiera pa' que vea quién es Julio Santillana.

Bueno, señorita, ya le digo que Julio no puede venir tos los días a la escuela. Yo creigo que usted, maestra, ahora me lo va a coger entre ojos a mi muchachito.

— ¿Pero cómo puede decir eso, señor Santillana? De ninguna manera. Cuando no se puede, pues no se puede. Yo no puedo obligarlo. Usted tiene sus razones, y yo no puedo oponerme.

— Mi muchacho no vino conmigo, porque le dio miedo con usted. Pero yo le voy a decir que puede seguir viniendo, ¿no es verdad?

— Si apenas estamos comenzando el año, señor Santillana. Dígale que mañana lo espero, aunque venga retrasado.

El padre del muchacho se despidió de Alicia, no ya con la exaltación de que venía acompañado.

La campana, un viejo azadón colgado de una cuerda junto a uno de los pilares de la casa, había sonado para que los niños entraran a fin de comenzar las clases de la tarde. Eran las dos.

Alicia les habló del respeto a la bandera, del amor a la patria, de lo que es el escudo, y de lo bello que es el himno nacional.

Cuando terminó la clase de cívica, hubo un descanso antes de comenzar la clase de ciencias naturales.

Los programas departamentales señalaban las materias que debían enseñarse en las escuelas urbanas y en las rurales. Muchas maestras las reducían a cuatro: lenguaje, aritmética, religión y geografía.

Había quienes enseñaban solamente lenguaje y religión, para impresionar mejor, por una parte, al señor cura, valiéndose para ello de las preguntas y de las respuestas del padre Gaspar Astete, y por otra, a la demás gente, con el hecho de enseñar a deletrear y a escribir, a fin de que los comentarios fueran siempre favorables para la maestra. Otras maestras, menos prácticas quizás, por no decir que faltas de sindéresis, trataban de enseñar a los niños, después del catecismo, rudimentos de botánica, como si un muchacho campesino no supiera desde su niñez la forma de cultivar, de injertar, de podar árboles y arbustos y plantas de diverso género.

El pensamiento de que su diálogo con el señor Santillana como que no había sido muy favorable para ella, aunque en verdad fue él quien se encargó de exponer su pensamiento al lado de las necesidades familiares, comenzó a atormentarla a la hora de acostarse.

— Primer día en la escuela, pensaba, y ya tuve como el primer problema. ¿Ahora qué voy a hacer. . .? ¿Por qué no esperé más días para ir conociendo a los niños y sus costumbres campesinas, sus ocupaciones y sus problemas. . .? Definitivamente, debo convencerme de que yo no nací para esto. Yo no sirvo para ser maestra. ¿Será mejor renunciar. . .? Pero. . . si renuncio. . . ¿qué irán a decir. . .? ¡Claro! Van a decir en el pueblo que yo no fui capaz, que yo soy una burra, que. . . ¡quién sabe qué otras cosas irán a decir. . .! En fin, éste es mi primer día de trabajo. Voy a esperar más a ver.

El sueño se apoderó del monólogo en que estaba reflexionando la maestra. Afuera se escuchaba el canto de los grillos, y se escuchaba también el canto de un búho, que se esforzaba por recortar la quietud oscura de la noche.

+++++

CAPITULO V

Los días iban corriendo, y con ellos pudo llegar Alicia a su primer mes de labores en la escuela rural de Villa Hermosa. Todavía se desempeñaba con dificultad en las clases. El señor inspector de policía, comisionado por el señor cura del pueblo, le comunicó una mañana que en el Colegio de las Hermanas iba a tener lugar el primer centro pedagógico, y que, por tanto, debía hacerse presente ella como todas las maestras y maestros del municipio, el sábado, 4 de marzo, a las nueve de la mañana.

Cuando recibió el recado, Alicia comenzó a pensar:

— Un centro pedagógico. . . ¿será la reunión mensual que tienen los maestros. . .? Creo que sí. Pero. . . ¿por qué el señor inspector no me habló de esto. . .? Tiene que ser lo mismo. ¿Y por qué lo llamarán centro pedagógico. . .? En fin, amanecerá y veremos, como decía mi papá.

Esa noche no pudo dormir. Pensaba y pensaba en lo que podría ser aquella reunión o centro pedagógico.

Desde su llegada a la "fracción" no se le había ocurrido bajar al pueblo, a pesar de que podía disponer del sábado y del domingo.

Estaba como hecha al ambiente rural. En tres ocasiones la habían obsequiado algunos vecinos de la vereda con pollos y con una gallina. Para que no se fueran estos animales, en vista de que en la escuela no convenía dejarlos sueltos para que anduvieran como antes lo hacían en el lugar de que los habían traído, Alicia, aconsejada por uno de sus alumnos, les había amarrado sendas piedras más o menos pesadas en las patas. Así podían caminar, pero no salían de la escuela.

La víspera de la reunión viajó con su hermano, inmediatamente después del almuerzo, pues quería llegar antes de la cinco de la tarde, a fin de efectuar averiguaciones, de alguna manera, acerca de cómo se efectuaban los centros.

No faltó quién le informara en qué consistía un centro pedagógico, y pudo así descansar de tanta preocupación.

Hizo un viaje sin contratiempos. Al día siguiente se presentó en el Colegio de las Hermanas como todos le decían, aunque lo cierto es que se trataba de una Escuela Normal de Señoritas, dirigida por las Hermanas de la Presentación.

Alicia fue la segunda en llegar. A medida que iban haciéndose presentes los demás, los maestros y las maestras que la conocían se acercaban para saludarla, y para preguntarle cómo le estaba yendo en Villa Hermosa. Procuraba ella dar respuestas adecuadas. Quienes no la conocían, a pesar de haber nacido allí y de haberse criado allí, la miraban de hito en hito, como se mira un bi-



cho raro. Algunas maestras cuchicheaban, y alternaban los cuchicheos con miradas furtivas que le dirigían.

Cuando el amplio salón de actos se llenó, hizo su entrada el señor inspector de educación. Todo el magisterio que estaba reunido se puso de pies. Afablemente les dio aquél la bienvenida, y les pidió que tomaran asiento, más bien con un gesto manual que con una palabra.

El programa comenzó a desarrollarse con la acostumbrada llamada a lista. Faltaron solamente dos maestras y un maestro. En seguida, la secretaria de la inspección escolar leyó el acta de la reunión anterior. Fue aprobada por la mesa directiva.

A continuación tomó la palabra el inspector escolar, quien habló a sus colegas —así llamaba él a los maestros— sobre la importancia de los centros pedagógicos para la formación del magisterio. Vino luego el punto referente a la práctica pedagógica, que generalmente se asignaba a una maestra graduada. Desafortunadamente, las más de las veces tales prácticas resultaban como algo artificial, carente de espontaneidad, sobre todo cuando la terminología deslumbrante de no pocas diplomadas, se apoderaba de quienes eran puestas como un prototipo del pedagogo moderno.

Quienes, como Alicia, sólo habían cursado muy pocos años de secundaria, recibían las enseñanzas y los consejos como agua que se desliza por una superficie completamente rasa.

Al terminar su exposición la maestra a quien había correspondido la práctica, para lo cual se llevó un grupo de diecisiete alumnos pertenecientes a la escuela urbana de varones, vinieron las críticas por parte de sus compañeras de magisterio.

En ésta, como en las anteriores reuniones, algunas educadoras aprovecharon para exagerar los puntos negativos que encontraron. Esos puntos negativos comenzaban por la manera de presentarse el practicante, o la practicante, la forma de llevar el vestido, el color de los zapatos, el peinado, etc.

Alicia iba tomando nota de todo en un cuaderno que había destinado para tal efecto.

El inspector, por su parte, consideraba la nota positiva primeramente, y luego, sin herir susceptibilidades, hacía la crítica de lo que estimaba negativo en las exposiciones.

— En los colegios, dijo el inspector, jamás nos enseñan una cosa que parece insignificante, pero que es no obstante de gran importancia, desde el punto de vista práctico. Ahora voy a referirme a eso. ¿Puede alguno de ustedes decirme si en la escuela o en el colegio le enseñaron a elaborar un “curriculum vitae. . .”?

Los circunstantes lanzaban miradas al espacio, fruncían el ceño como tratando de recordar o como dando a entender que para ellos eso era una novedad.

— La actitud que advierto en la mayoría de ustedes me dice a las claras que yo estoy en lo cierto. Pues bien, un “curriculum vitae” o simplemente un curriculum, o un currícul, o una hoja de vida, que todo es lo mismo, tiene cierta técnica. Cuando tengamos necesidad de solicitar un cargo por escrito, no cometamos la simplicidad de enviar al destinatario largas cartas repletas de necesidades, pues esas necesidades solamente va a conocerlas el cajón de la basura o la caneca de los desperdicios.

— Cuando ustedes, o cualquiera otra persona que aspire a trabajar, deseen conseguir un puesto público o privado, elaboren así la solicitud de empleo.

Al decir estas palabras, tomó un pedazo de tiza con la mano derecha y continuó así:

— Escriban esta palabra en forma perpendicular, o mejor, vertical, para que puedan escribir después de cada letra lo que cada una de ellas representa.

Cuando Alicia oyó decir **perpendicular**, no entendió de qué se trataba. Habría sido mejor que el inspector hubiera dicho: escriban de arriba para abajo. La pobre muchacha cayó en la cuenta de que vertical significaba lo que significa, cuando miró disimuladamente, con el rabillo del ojo derecho, cómo habían escrito la palabreja.

— . . . escriban esta palabra: DEEARD, y pronúncienla como si fuera un término inglés: diárd, para que la graben más mnemotécnicamente.

Cada letra, continuó, es el comienzo de una palabra o de una reunión de palabras claves. Esa palabra servirá de título, según los casos, a los diferentes puntos que se contemplan en un "curriculum vitae". La primera letra, recuérdenla bien, la primera letra equivale a **DATOS PERSONALES**. En este punto se escriben los nombres y los apellidos de quien solicita el empleo, la fecha de nacimiento, el número de la cédula o de la tarjeta y, finalmente, el número correspondiente al certificado judicial, y el estado civil del aspirante.

Como ustedes ven, agregó, los datos personales son cosa muy sencilla. A continuación tenemos

una primera letra E. Con ella empieza la palabra estudio. En este caso la E corresponde al punto ESTUDIOS CURSADOS.

Entonces abrimos otro título así: ESTUDIOS CURSADOS. Creo, mis queridos colegas, que aquí no necesitamos explicación alguna. Sencillamente, debo agregar que no pueden escribirse mentiras. Oiganme bien. Si la mentira es despreciable en todas partes, en este caso sería fatal, a fuer de despreciable. Decir, por ejemplo, que uno es bibliotecólogo cuando apenas es bibliotecario a medias, o afirmar que obtuvo el título de bachiller, cuando lo cierto es que apenas cursó cuatro años de bachillerato, es exponerse a fracasos tremendos.

Y bien, llegamos ahora a la segunda letra E. Esta E se refiere a la palabra EXPERIENCIAS. Experiencias son los cargos que hemos desempeñado, ya sean oficiales o privados, aunque no tengan relación con el oficio o cargo a que aspiramos. Lo importante es anotar —también con mucha sinceridad— los nombres de los empleos que hayamos desempeñado hasta el momento de enviar la hoja de vida o solicitud de empleo. La cuarta palabra comienza por A. Se trata precisamente de algo que hace poco mencioné: las aspiraciones. En este punto, colegas, manifestamos a la persona a quien nos dirigimos, cuáles son las aspiraciones que tenemos, es decir, en qué deseamos trabajar. Se presenta el caso de solicitantes que dicen: “Aspiro a trabajar en un cargo que esté acorde con los estudios cursados y con mi preparación”.

Mis queridos colegas, decir eso en una solicitud tiene inconvenientes, porque en cierta manera estamos dando a entender que no somos hombres seguros de nosotros mismos. Nuestra aspiración debe entenderse así: Yo puedo desempeñar otros cargos, pero concretamente me gustaría (determinado oficio). Nuestra aspiración no debe entenderla el destinatario así: analíceme usted, señor, para ver en qué puedo trabajar, pues yo, personalmente, no soy capaz de decir para qué sirvo.

Si nos llama la atención ser policías, o gerentes, o celadores, o barrenderos, o maestros, etc., digámoslo claramente. ¿Me hago entender. . . ?

Sobraron las afirmaciones por parte del magisterio.

— Después de las ASPIRACIONES, continuó el inspector, viene el punto relacionado con la letra R. ¿Cuál creen ustedes que sea la palabra adecuada?, preguntó, y uno de los maestros respondió: razones.

— ¿Razones. . . ? Pero. . . ¿razones de qué. . . ? No. La letra R es la inicial de REFERENCIAS, o sea, el punto en el cual se escriben los nombres de las personas que en cualquier momento pueden dar testimonio acerca de nuestra conducta, de nuestra preparación, de nuestras experiencias y demás. Se escriben entonces aquí los nombres y los apellidos, la profesión, el teléfono o la dirección de la persona que asomamos como testigo, es decir, como referencia. Basta con mencionar dos o tres personas que nos conozcan bien, y que no sean familiares.

— Finalmente, mis queridos colegas, y esto nunca puede faltar, damos a conocer nuestra dirección y nuestro teléfono, pues de no ser así, nos exponemos a que no nos comuniquen nunca en caso de que seamos aceptados, por carecer de nuestra dirección el jefe de personal de la entidad oficial o de la empresa a que nos hayamos dirigido con la solicitud de empleo.

Como ustedes ven, colegas, esto no es difícil. Grábense bien la palabra (deear), que algún día pueden necesitar de ella.

Dijo, y volvió a escribir la palabra mnemotécnica en el tablero, ahora en forma horizontal. Al mismo tiempo que escribía, iba repitiendo los nombres de los puntos a que cada letra se refería.

Una maestra rural, ya entrada en años, pidió permiso para hacer una pregunta, y cuando le fue concedido dijo:

— Y ¿cómo se iniciaría la carta, señor inspector?

Muchos maestros la miraron, y luego volvieron el rostro para reír, como furtivamente.

— Excelente pregunta, respondió el inspector, y la maestra, que inicialmente presentaba un rostro de timidez, miró a quienes la habían mirado, con rostro de complacencia y de orgullo.

— Pues, sencillamente, con una sola frase, que podría ser la siguiente: Distinguido señor: de manera respetuosa hago llegar a usted mi “cu-

riculum vitae", para que tenga la fineza de estudiarlo, y comunicarme luego, a la dirección que aparece al pie de la presente solicitud, si tiene a bien contar con mis servicios, para tener yo el gusto de colaborar con su empresa (o en esa entidad).

Después de un descanso que se prolongó por espacio de veinte minutos, continuó la sesión con un baile infantil que había preparado la hermana directora de la Escuela Anexa con un grupo de alumnos del jardín infantil.

El inspector cerró luego la primera reunión o centro a que asistía Alicia, con unas recomendaciones generales y con unos consejos didácticos, tal como allí se acostumbraba.



CAPITULO VI

Alicia salió del pueblo para el campo el lunes al amanecer, entonces sin la compañía de su hermano Manuelito, pues consideró que aquélla ya no era necesaria. Aproximadamente a las nueve llegó a la fracción, después de haber aprovechado la frescura de la mañana.

Cuando llegó a la escuela, en el patio estaba esperándola más de la mitad de los alumnos que asistían regularmente. El inspector de policía les había abierto. Ellos la saludaron en coro, y Alicia correspondió al saludo de los niños. Minutos después ya estaba ocupada en sus labores docentes. Comenzó por preguntarles cómo se habían portado durante la ausencia de ella, y de acuerdo con la

respuesta recibida, les improvisó una clase de cívica sobre el llamado sentido de responsabilidad, que, como ella les dijo, debe rodear a todas las personas. Ella, dicho sea de paso, no había tenido tiempo el domingo para preparar las clases del lunes.

Se había quedado en el pueblo, quizás porque le pareció mejor la tradicional retreta en el parque, ejecutada por los músicos, en cambio de los graznidos de ciertas aves nocturnas, muy cerca del dormitorio que ella tenía en la escuela.

A medida que los días iban transcurriendo, se iba familiarizando Alicia con sus obligaciones. Ya no las miraba como un deber. En ellas veía tan sólo una actividad enmarcada en la rutina. Empezaron a hacerse más frecuentes sus viajes al pueblo. La preparación de clases no volvió a tener importancia para ella. En el libro **historial** solamente comenzó a anotar aquello de que podía sacar partido, en caso de que alguien, como el inspector, llegara a ver ese cuaderno.

Comenzaron entonces los rumores de que la señorita Alicia perdía mucho tiempo y no enseñaba nada. Y mensualmente, cuando debía concurrir a los centros pedagógicos, las vacaciones para los niños empezaban desde el viernes y se prolongaban hasta el martes. Así sucedió muchas, pero muchas veces.

El bueno de don Casiodoro Tapias, que la había recibido en forma tan amable, empezó a retirarle

poco a poco su estimación, pues veía en la muchacha a una como las demás que habían estado antes allí. Poco a poco también se le fueron retirando los alumnos, y paulatinamente, se fue muriendo para ella la generosidad de muchas madres, que la obsequiaban muy frecuentemente con animales y con alimentos.

Alicia no se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo, o si lo advertía no se daba por aludida. De esa manera, ajena a las preocupaciones, se le iban pasando los días en el campo como agradablemente, no obstante las muchas privaciones a que se veía sometida en punto de comodidades. Toda su vida había estado en la ciudad. Ahora estaba en una escuela rural, es decir, en el campo.



Los amaneceres en este lugar no los cambiaba por nada, ciertamente. Pero cuando venía la noche, se apoderaba de ella una como depresión espiritual que la obligaba a pensar en muchas cosas. Pero, venida la mañana, todo cambiaba.

El inspector de la zona escolar, ante los comentarios de alguna gente sobre que Alicia perdía mucho tiempo, y, principalmente, ante las acusaciones que llegaron a su oficina, resolvió caerle de sorpresa con el fin de practicarle una visita escolar. Cuando el funcionario departamental llegó a la escuela, ella se turbó un poco. Era la primera vez que recibía una visita escolar. En los precisos momentos de la llegada de aquél, se encontraba ella tejiendo una camisa, tal vez para obsequiar con esa prenda a un recién nacido. No tuvo tiempo de ocultar el cuerpo del delito.

Los niños, por su parte, jugaban y saltaban por sobre los bancos, sin que Alicia se opusiera a ello.

El inspector saludó a la maestra y a los pocos niños que había allí y en seguida preguntó irónico:

— ¿En clase de qué estaban, doña Alicia. . . ?

— Pues. . . sí, pero. . . , pues, por ahora, pues estábamos descansando un momento. Todavía no habíamos empezado, señor inspector.

— ¿Y por qué no, doña Alicia, si ya son las 9 y 30 de la mañana?

El inspector acababa de subirse un poco la manga de la camisa para mirar el reloj, que estaba oculto bajo unos puños de chaqueta raída.

— Mientras llega el momento de empezar la clase, señorita, hágame el favor de mostrarme los libros reglamentarios. Comencemos por el preparador de clases, si es usted tan amable, doña Alicia.

Alicia, que sentía correr por su cuerpo y por su rostro, baños de sudor, se apresuró a cumplir la orden de su jefe; le entregó el libro que solicitó, y con gran sorpresa notó él que solamente había preparado clases durante 19 días. Casi todas las páginas se encontraban vírgenes, no obstante haber transcurrido ya varios meses.

— ¿Y qué ha pasado con esto, doña Alicia? No preparó usted clases sino durante diecinueve días?

— Es que a veces, señor inspector, no me alcanza el tiempo, y por eso está así el cuaderno. Pero yo siempre les enseño.

En seguida, dirigiéndose a sus alumnos, les hizo esta pregunta:

—¿No es cierto, niños. . . ?

Ellos no respondieron. El inspector miró a Alicia, cuyo rostro aparecía lleno de rubores. Es que

están nerviosos, señor inspector, porque no lo conocen a usted, tal vez.

— Sí, puede ser eso, doña Alicia, dijo, y pidió los otros libros.

Solamente aparecían escritos en las primeras páginas, además del preparador, el historial y el de matrícula. Cuando abrió el de matrícula, el inspector preguntó:

— ¿Solamente nueve niños de los cuarenta y dos que aparecen aquí matriculados?

— ¡Ay, señor inspector, es que eso es aquí una lucha! Yo no sé si en las otras escuelas rurales ocurre lo mismo. Pero aquí hay que luchar para que vengan los niños a la escuela. Hace algún tiempo vino por aquí un padre de familia, furioso porque yo le llamé la atención a su hijo, en vista de que llegó demasiado tarde.

Otra vez el inspector aprovechó el momento para lanzarle otra pregunta de corte irónico:

— ¿Le llamó usted la atención porque llegó tarde...?

— Ese es un problema, señor inspector, que nunca podrá tener solución en las escuelas rurales, me parece a mí. Para cumplir usted con su deber, señor inspector, debe exigir a las maestras de su zona escolar que llevemos puntualmen-

te los libros reglamentarios. Eso está bien. Entre los libros reglamentarios está el de asistencia. Para dar cumplimiento nosotras, como maestras, tenemos que pasar lista todos los días, por la mañana y por la tarde. Si el promedio mensual de asistencia no llena el porcentaje mínimo, la escuela no puede continuar funcionando, como bien sabe usted, señor inspector. Y cuando las maestras pasamos lista, encontramos la cuarta parte de los alumnos que se matricularon, y no por culpa de ellos. Unos tienen que ayudar al papá en el ordeño de las vacas, y entonces no pueden asistir; otros tienen que ir a coger café, a sembrar maíz, a reunir las cabras, etc.

Como ve, señor inspector, esto aquí es una completa lucha. Yo no estoy aburrida con mi puesto, pero hay días en que. . . francamente. . . se desespera una.

Alicia hizo una pausa, y miró a su jefe fijamente, quizás para ver qué impresión había causado en él su argumentación. El funcionario departamental, meditativo, no pronunció palabra, pero asintió pausadamente con la cabeza, mientras dirigía la mirada hacia lo lejos, por la puerta que conducía al patio.

Como el objetivo principal de la visita era sorprender a Alicia, el inspector no interrogó a los alumnos, como era lo acostumbrado cuando se anunciaba en las escuelas la llegada del señor supervisor escolar. Los niños, por su parte, de-

lataban en sus rostros de tierra y de sudor, el temor a ser examinados.

El inspector elaboró allí el acta de visita, dejó una copia a la maestra, y se despidió, aproximadamente a las diez y cuarenta y cinco minutos.

Por el frente de la escuela pasaba un muchacho que conducía del cabestro una mula.

La visita practicada por el inspector escolar fue otro motivo de preocupación para Alicia. Ni siquiera se sintió con fuerzas para recibir a sus alumnos en las horas de la tarde.

— No vengan hoy, les dijo. Descansen, niños, y vengan mañana por la mañana muy puntuales.

Se encerró en su alcoba, cuando advirtió que los niños ya estaban lejos de allí.

— . . . en todo caso, pensó, si me botan me vuelvo al pueblo y me pongo a trabajar en algo. Pero ¿qué dirá mi padrino Rafael, que luchó tanto para que me dieran el puesto de maestra. . .? Claro que yo podría hacer un esfuerzo para amañarme aquí en el campo. Pero cuando pienso en mi pueblo ¡huy!, me dan ganas de salir corriendo. ¿No será posible que me trasladen para la escuela urbana de niñas. . .? Tocar no es entrar, como decía mi papá. Bueno. . . pero. . . definitivamente, yo estoy obrando muy mal al hacer creer que es-

toy contenta con tantos muchachos mugrosos. A veces, ¿para qué voy a negarlo? siento asco. Pero tengo que tragarme todo esto, porque de no ser así, me echaría encima a los padres de familia. Y a propósito, ¿qué habrá pasado con don Casiodoro, que ya no es conmigo como antes? ¿Y doña Susana y la señora Casilda. . .? ¿Y don Pepe Troncoso y don Ruperto Rosas. . .? ¿Qué estará pasando. . .? ¿Me habrán metido en cuentos. . .? ¿Y por qué una visita del inspector así como así, sin avisar, como a las carreras? Yo le dije al inspector que la falta de asistencia era por culpa de los padres, pero. . . viéndolo bien, es culpa mía, más que de ellos. En fin, voy a dejar que corra el agua. Yo no seré la única que no se encuentra al día en los libros reglamentarios. Que pase lo que pase. ¡Ay!, pero ¿qué dirá mi padrino si renuncio, o si me botan? ¿Con qué cara le pido después que me ayude para otro puesto? ¿Qué hago yo en este caso?

Se quedó Alicia esperando la respuesta, pues esas reflexiones la llevaron pronto a un país de ensueño, del que sólo pudo regresar cuando el estridente rebuzno de un burro anunció que estaba en trance de refocilarse en cercanías de la escuela. Ya era hora de almorzar. Volvió nuevamente a sus preocupaciones anteriores. No tenía apetito.

Continuó encerrada el resto de la tarde, pero no volvió a soñar sino a sufrir ante el recuerdo del abandono en que parecía encontrarse.

Pocos días después de la visita del inspector,

éste fue trasladado a otra zona escolar, y vino a remplazarlo un educador de mayor edad, chapado a la antigua en técnicas pedagógicas, pero más humano, si se quiere, en cuanto a comprender a los maestros para servirles de ayuda en todas las circunstancias.

CAPITULO VII

Una mañana escuchó Alicia las palabras traídas por el nuevo inspector de educación, cuando éste concluyó sus sabias orientaciones en un centro pedagógico, celebrado entonces, con la seriedad de que era dueño, no ya en la escuela normal de señoritas, sino en el salón principal de la destaralada escuela urbana de varones:

— Como último consejo, mis amigos, yo les dejo la inquietud de que se pregunten siempre: “¿Qué haría Cristo si estuviera en mi lugar?”. Con esa inquietante pregunta se santificó Alberto Hurtado. Con esa pregunta muchos han mirado más de frente la vida para buscar rumbos verdaderos. Con esa pregunta, mis queridos amigos, la vida vale la pena vivirse, como decía el escritor norteamericano.

Desde entonces, aquella pregunta formó nido en la memoria de Alicia. Comenzó entonces a pensar con mucha frecuencia en cómo estaría procediendo Cristo si, en lugar de nosotros, él tuviera que cumplir con todos los programas de nuestras obligaciones.

Ella fue la primera en darse cuenta de que no estaba llegando puntualmente a la escuela de Villa Hermosa, que se estaba acabando por su culpa. Ella comprendió poco a poco y mucho a mucho,

que al cumplir con sus deberes la vida se le iba haciendo como bella, mucho más que las auroras de los paisajes campesinos en que solía recrearse; más que los mismos luceros, simuladores de guiños en la lejanía. Y comprendió también nuestra maestra que era fácil y agradable predicar el nombre de Dios a la gente del campo, principalmente a los niños, sus alumnos. Ahora, cuando éstos le decían "maestra", asomaba a su rostro una como fruición o gozo espiritual de serenas perspectivas.

Es el contento que embellece a las personas que son buenas.

Empezaron entonces a frecuentar más y más la escuela sus alumnos. Don Casiodoro, el gamonal de Villa Hermosa, lo mismo que su esposa y las demás personas que la conocían, volvieron a brindarle su amistad y a preocuparse por ella. Se hicieron menos frecuentes sus visitas de fin de semana al pueblo, y comprendió más aún que también en el campo la vida valía la pena vivirse entre aquellos "mugrosos" que durante mucho tiempo se le hacían repugnantes y "asquerosos".

+++++

CAPITULO VIII

Se acercaba el día de las madres, y quiso ella celebrar mejor esa fiesta de ternura. Con los 34 alumnos que ahora estaban frecuentando la escuela, preparó un programa para ofrecerlo a las madres en su día. Fue sencillo, si se quiere, pero de grandes enseñanzas. Las mamás concurren al acto que Alicia les había preparado. Hubo cantos, recitaciones breves, simulacros de baile, o si se quiere baile genuino, porque nuestros campesinos bailan los bambucos como deben bailarlos: con los pies pegados a la tierra. Nada de artificios aéreos, o mejor, nada de pases estudiados previamente. Todo en ellos es espontáneo.

Hubo también chistes infantiles, y, sobre todo, algo que apareció después publicado en un periódico, porque el inspector de policía, sin entender quizás lo que había dicho Alicia aquella tarde desde el rústico escenario, aunque dijo él que era un discurso muy bonito, como los sermones que predicaba el padre misionero que venía a Villa Hermosa cada dos años, le pidió el favor de que le permitiera una copia para llevársela al señor cura. Ella, mohína un poco, accedió. El inspector lo llevó al pueblo, y el señor cura, por su parte, se valió del director del único periódico que había en el lugar, para que allí apareciera publicado el discurso que pronunció Alicia:

Es muy dulce, en verdad, el pensamiento, cuando éste recorre, como en sueño, los caminos que cruzan el jardín de Edén. Porque decir paraíso, es traer a los ojos del entendimiento la imagen santa de Dios, que inició la vida del mundo con la luz, como el símbolo más claro de que El era la luz; Dios, que hizo divisiones y estableció el firmamento; Dios, que dejó ver la tierra al tiempo de crear los mares; Dios, que hizo brotar árboles de la semilla de su propio amor; Dios, el que multiplicó la luz cuando pegó las estrellas en el firmamento negro y colocó en los mares muchos peces de plata; Dios, el que llenó de palomas—anticipos de paz en lejanía de siglos— todos aquellos árboles que regalaban dulzura con el nombre de frutos; Dios, el que, finalmente, puso al hombre, creación más perfecta de su propia imagen y su semejanza, en este escenario amplio que hemos llamado mundo.

El pensamiento recuerda que ese Dios notó un vacío en aquel paraíso y que el primero en notar ese vacío fue el mismo Señor del universo. Pero ese vacío no fue un olvido, porque, como ustedes saben, Dios no ha tenido ni podrá tener memoria. Fue una forma deliberada, es decir, libre, por otra parte muy noble, de manifestar su amor a todas las criaturas que había puesto en el mundo. Adán fue la primera, como único ser que podía pensar y podía raciocinar.

Entonces, de la quietud que se advierte en la noche de un sueño, y de ese amor divino a todas las criaturas; de la belleza y de la picardía inocente que vibra en los luceros todos; y de ma-

nera especial, genuinamente bíblica, del hueso, y de la carne, y de la sangre que forman la costilla, aparece la mujer, y el vacío desaparece.

En el mundo ya está Eva, como primera mujer.

Ella es en el campo, junto a las flores y sobre el césped, y entre las aguas —cristal de voces en canciones blancas— el verso primero de una gran epopeya; es un corto epitafio en la tumba del vacío, y es el himno más completo que habla de esperanza. Eva es, sobre todo, resumen del amor.

En presencia del varón que se durmió sin saberlo y despertó sorprendido para empezar a amar y a prolongarse en ella, como Dios lo quería, porque la nueva criatura “sí es hueso de sus huesos y carne de su carne”, Eva es un principio de soberana alegría en la vida del mundo y en el corazón del hombre.

Creada así la mujer, se diría que Dios empezó a solazarse, es decir, a contentarse, a gozar para su gloria interna, con esta maravilla de su grande milagro.

Pero la tentación, una serpiente escondida en la verdura del césped, escondida por astuta, nunca por cobarde, en el jardín próximo a perderse, se desliza poco a poco para llegar hasta la mujer y hasta su primera culpa. En el lento recorrido zigzaguea entre la yerba, y va formando, maliciosamente, en la pizarra del mismo césped, una palabra maldita que es: desobediencia.

Para leer con detenimiento, ella, la mujer, multiplica sus esfuerzos, y no advierte que sus ojos se le van desorbitando, y que ya la serpiente, satisfecho el deseo, como que ha desaparecido.

El mal estaba urdiendo, tramando, maquinando, su segunda tragedia.

La primera fue en el cielo cuando el ángel Bella Luz dijo a Dios: "No serviré".

Pero Dios es amor. Amor eterno. Se han ido muchos siglos, y han transcurrido ya muchísimas generaciones. Nazaret —punto blanco de partida en el concierto geográfico de Galilea— surge como el paraíso verde en el bello relato de la formación de Eva.

La primera mujer, o la primera madre, como hija de Dios, fue el milagro de un sueño. María, madre de Dios, un milagro de la gracia en la bondad del Señor.

Eva fue un epitafio colocado en la tumba de la soledad, y fue también ella el prólogo de la caída y la culpa, como verdadera antítesis o contraposición de lo uno y de lo otro.

María fue también principio; pero principio de un vacío: vacío reparador, como ausencia del pecado; y fue el epitafio eterno colocado en la tumba de la desesperanza.

Eva fue delicada como el leve estremecerse que se recrea en las plantas mínimas.

María, suave y delicada como las últimas vibraciones de un arpa lejana pulsada por los ángeles.

Cuando Eva leyó en la pizarra del césped la tentadora palabra **desobediencia**, sus ojos comenzaron a desorbitarse.

Cuando María leyó en las voces del arcángel, sus bellos ojos de Virgen empezaron a ocultarse como señal de **obediencia**.

La curiosidad de Eva se puso pronto en camino para tentar al hombre y escuchó de sus labios palabras de reproche.

La humildad de María también se puso en camino y fue a donde Zacarías. Allí escuchó bendiciones, muchísimas alabanzas.

Eva, siendo soberana, quiso ser como Dios, y obedeció a una bestia.

María, siendo subalterna, se humilló ante el Creador y aplastó a la serpiente.

Cuando Dios quiso decir por la primera vez "hija", infundió un sueño al hombre y formó a la mujer.

Y cuando este mismo Dios quiso decir a la mujer "madre", creó a la Virgen María, se encarnó después en ella, y así nació como hombre.

Un pecado en gestación —producto de ingrati- tudes— buscó una mujer y se llamó "Eva".

Y la gracia en plenitud, cuando quiso agradecer sus bondades al Creador, también buscó una mujer, y la llamó "María".

Pensando en el paraíso, sin olvidar el pesebre, es agradable exclamar con el gran San Agustín: "Oh feliz culpa que nos mereció tan grande Redentor".

Se podía comprender, perfectamente, que Alicia disponía de buenos libros en su biblioteca, como para lucirse ante sus oyentes en tan memorable celebración.

+++++

CAPITULO IX

Muy difícil para el señor inspector de policía, hombre joven y valiente, ocultar que Alicia le llamaba la atención, sobre todo después que ella empezó a consagrarse verdaderamente a su deber. No era ella un alma mística, pero tampoco podía ser considerada, desde hacía varios meses, como una de las del montón.

La frase de Alberto Hurtado “¿Qué haría Cristo si estuviera en mi lugar?”, había abierto surcos profundos en su alma femenina.

Alicia jamás tuvo en cuenta los requerimientos amorosos del señor inspector de policía, quien no perdía las oportunidades de mostrarse atento y servicial siempre con ella.

El número de asistentes a la escuela continuó en aumento. Ya no les importaba tanto a ellos ni a sus padres la ayuda en el campo, como la necesidad de que rodearan siempre a la maestra, porque Alicia —como por un milagro— se había convertido en algo especial.

Fue una frase también la que hizo de Agustín un santo, y una frase tentadora la que llevó a Francisco a darse a los infieles con valentía de santo. Una frase también, en forma de pregunta, hizo del

fogoso Saúl un San Pablo que ordenaba increpar y obsecrar oportuna e inoportunamente, para sacar al hombre del pecado.

Muchísimos son los ejemplos del martirologio, en los cuales se comprueba que el número de mortales a quienes doblegó espiritualmente una sola frase, es considerable. Dios se les puso de frente para hacerles comprender mejor que El los amaba. Las palabras de una pregunta o de una sentencia se quedaron en todos ellos, primero en la memoria y luego en el corazón, a la manera de una tentadora melodía que se adhiere con fuerza a las fibras del espíritu.

Cuando Alicia tenía que viajar al pueblo, lo hacía sólo por necesidad. La escuela, desde que ella había comenzado a meditar en la pregunta que se hizo Alberto Hurtado, se le convirtió en algo propio, e hizo de ella una religión. Allí estaban sus alumnos todos los días, con los brazos, con las uñas y con la cara sucios por el trabajo o por el juego, pero los consideraba como pedacitos de su propia alma.

Todos los años, cuando el señor cura elaboraba, como inspector local de educación, la nómina de maestros para enviarla a la capital del departamento, trabajo que realizaba de acuerdo con el señor inspector departamental, aparecía entre sus papeles un memorial de solicitud, en el cual los vecinos de la vereda pedían que no fueran a quitarles la maestra, pues "los niños de la fracción y los padres de familia estamos muy contentos con la señorita Alicia".

En varias ocasiones algún politicastro del lugar estuvo trabajando para conseguir que cambiaran de Villa Hermosa a la señorita Alicia, pero todo fue inútil. Don José María, el secretario de Educación, que era un hombre justo y que había llegado a la posición que ocupaba gracias a sus méritos como educador durante muchísimos años, y gracias a su espíritu de justicia, consideraba que traicionaría sus principios de equidad si atendía aquella solicitud sin fundamento, en cambio de la tradicional petición de los vecinos de la mencionada vereda, personas que sí conocían de verdad a la maestra que tenían. La negativa del Secretario de Educación le granjeó enemistades, pero jamás dio el brazo a torcer.

— Si cuando la maestra de Villa Hermosa no cumplía con sus obligaciones nadie se atrevió a acusarla ante este despacho, reflexionaba el sabio orientador de la cultura en el departamento, ¿por qué voy ahora a cambiarla por el hecho de que está trabajando a conciencia, para bien de la vereda y para honor del departamento y de la patria. . .? Mientras sea yo el Secretario de Educación, ella seguirá como maestra rural de Villa Hermosa, a menos que la misma maestra solicite el traslado, por su propia voluntad.

Se acercaba la celebración del sesquicentenario de nuestra independencia y Alicia se propuso realizar unos actos que, en el campo, estuvieran a la altura de tan magno acontecimiento nacional, hasta donde ello fuera posible a ella y a sus alumnos. Les preparó un drama de autor desconocido, alusivo a la epopeya que protagonizaron nuestros héroes de ayer para la liberación de América.

La transformación de Alicia había comenzado, principalmente, cuando se dedicó a una tarea de autoenseñanza, de autoformación, mediante la lectura de libros didácticos sobre los temas que debía desarrollar en sus clases, y sobre otros aspectos de la cultura general. En su biblioteca, reducida inicialmente a los siete libros reglamentarios y a dos novelas amorosas, podían verse ahora libros como éstos: **Pequeñeces**, del padre Coloma; **Nuevas normas de prosodia y ortografía**, publicadas por la Academia Colombiana; **El castellano en los clásicos**, del padre Félix Restrepo; **Autores hispano—americanos**, de Horacio Bejarano Díaz; la novela **El alférez real**, de Eustaquio Palacios; **Tabaré**, de Juan Zorrilla de San Martín; **Anatomía, fisiología e higiene**, por F.T.D.; la novela **Los mártires**, del cristianísimo Chateaubriand; **Filosofía de la educación**, por Acevedo, y **Las matemáticas al alcance de los niños**, un libro escrito por un padre jesuita español. En la biblioteca de Alicia se distinguía muy bien este libro, porque no tenía pasta como los demás, lo mismo que **Mis prisiones**, de Silvio Pellico.

No faltaban allí tampoco ciertos libros de espiritualidad. Después de la Biblia, lujosamente empastada en cuerina, estaban las siguientes obras: **Oraciones para rezar por la calle**, de Michel Quoist; **Nostalgia de Dios**, por Pieter van der Meer; **Fermento de cristiandad**, por José María Pujadas; **El cuerpo místico de Cristo**, por Emilio Sauras. Además, la encíclica **Mater et magistra**, de Juan XXIII, y una **Vida de San Vicente Ferrer**.

Una Enciclopedia educativa infantil, un diccionario VOX, una Historia de Colombia, las Obras completas de Gabriel y Galán y varios libros de Carlos Castro Saavedra, como Elogio de los oficios, Cosas elementales y El libro de los niños, lo mismo que Corazón, de Edmundo D'Amicis, enriquecían también su pequeña biblioteca.

Se explica entonces así que la maestra de Villa Hermosa hubiera adquirido una preparación más o menos suficiente para ganarse de verdad la estimación de muchos y la envidia de no pocos, aunque estos últimos, o últimas, para ser más precisos, supieron disimular muy bien ese inexplicable sentimiento cuando advirtieron que se encontraban en un tremendo error.

El día, pues, de las conmemoraciones sesquicentenarias, asistieron a la escuela de Villa Hermosa no solamente los padres de los niños, sino muchas personas del campo que sólo estaban vinculadas a la escuela por el conocimiento personal que tenían de Alicia, y por la amistad que ella les había brindado.

Cuando se estaba presentando el drama, que por cierto era muy sentimental, hubo quienes no pudieron soportar la fuerza de las lágrimas. Participaron los exalumnos en número de siete. A éstos los había preparado para que leyeran la "Oración a la bandera" que un inspector de educación había compuesto hacía muchos años, y que anualmente se recitaba en las escuelas del departamento con motivo de alguna celebración patria. Sin perder ninguna consonante, se inició la lectura en coro, a manera de recitación.



Quando Alicia, colocada al lado derecho de la bandera colombiana, empezó por decir: "Oh, bandera de la patria", el grupo de exalumnos continuó así: "Como un Ave María que sale del corazón en las mañanas de luz que engalana la fe; o como un Padrenuestro que, entre ocasos de malva, se dirige amoroso al Cristo que agoniza, para que este Hijo divino y esa Madre admirable reciban nuestras súplicas llenas de esperanza, queremos que nos escuches este saludo de hoy, que es filial y fervoroso.

Nos despertamos con el gran deseo de abrir muchos caminos hasta el centro del alma, para

guardar allí la bravura del genio abandonado que sembró tantas sendas luminosas y largas en los campos ya maduros de Boyacá la grande —escenario de dolor con bambalinas de triunfo— cuando creyeron que había llegado el momento feliz de cantar epinicios.

También queremos conservar allí, muy cerca del corazón, el arrojado envidiable del hombre malogrado que, en la cima del Bárbula, se vistió de Colombia, e hizo estremecer de pavor humillante hasta la misma muerte.

¡Escúchanos, glorioso emblema, y danos la fuerza que necesitamos! Ya que tú representas, como aprendimos ayer, una trilogía de oro, de mares y de sangre, que se llama Colombia; ya que nos haces pensar, cada vez que te miramos, en meses de rostro pálido y en años demasiado rubios de historia americana, con sacerdotes, con héroes y con mártires; con espadas, con leyes, con destierros, con palabras muy amargas, y con voces de miel; con alegrías y con abundantes lágrimas de amor. . . , consérvanos nuestros deseos de servir a la patria en la conciencia de nuestros deberes, en el heroísmo vivo de soportar los fracasos, en el tremendo martirio de nunca ser comprendidos por todas las personas que deberían mirarnos, con ojos de verdad, desde el amigo que pasa, hasta el hermano que viene y hasta el hijo que sueña.

Ayúdanos también a conservar intacta para honor de Colombia ¡oh símbolo impoluto de nuestra patria amada! esa fe que nos legaron los caballe-

ros de la cruz, cuando hicieron de ella otra bandera en la vieja batalla de Lepanto, como antes lo hizo Constantino cuando quiso triunfar sobre Majencio.

Y luego, bandera santa, cuando podamos mirar más bella tu hermosura, enséñanos, como a los héroes, a reír aun con lágrimas, que éstas son regalo dulce para todos los mortales que en verdad saben amar.

Míranos, bandera noble, desde la alta torre de tu grandeza, cuando elevemos plegarias a la Reina de Colombia, para que sigas triunfando tú, como ella está reinando en todos nuestros corazones.

Para que no se destiña el color de tu vestido, decimos con el amor que nos llena de esperanza: ¡Oh, Santa María, madre del Señor! ruega tú por nosotros, que somos colombianos, ahora y en la hora de nuestra muerte”.

Recordando ella la experiencia que había tenido al celebrar el día de las madres, la cual no fue otra que haber terminado la lectura, pero sin aplausos suficientes, en vista de que tal vez ninguno de los asistentes al acto entendió bien lo que ella expuso al hacer el paralelo o el parangón entre Eva y María, se cuidó mucho ahora, al celebrar el sesquicentenario de nuestra independencia, de que no fuera a repetirse ese fracaso.

Por ello, al terminar los alumnos la recitación de cada párrafo, suspendían un momento y Alicia daba una breve explicación; explicación que se ini-

ciaba con la terminología extraña. Traducía, pues, el vocabulario que podía ser difícil para los asistentes, y en seguida se encargaba de decirles cuál era el significado general del párrafo.

Dé esa manera, todos supieron de qué se trataba, y hubo quienes le pidieron copias de la mencionada oración, para ponerla en el altar, al lado de Santa Helena, que fue, como oportunamente les enseñó Alicia al darles las explicaciones respectivas, la madre del religiosísimo emperador Constantino El Grande, primer gobernante que dio ejemplo, como defensor de la Iglesia y propagador de la misma, a los demás príncipes.

+++++

CAPITULO X

En la vereda de Villa Hermosa, como en otros lugares de la parroquia, y aun de la provincia toda, existía la costumbre de celebrar todos los años la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz, en recuerdo de la famosa invención de ella en el cielo en tiempos del emperador Constantino.

Entre la gente del municipio la celebración tenía, en cierta manera, un mucho de cristiano y un poco de pagano, aunque parezca un poco exagerado el empleo del adjetivo pagano. Todo ello llamaba la atención de los extraños por la mezcla de factores que allí intervenían.

Es muy posible que tal costumbre, solamente desde el punto de vista religioso, hubiera llegado de la península, y que poco a poco hubiera ido degenerando hasta quedar en lo que realmente llegó a ser: un pretexto piadoso para divertirse al calor del aguardiente.

Quince días o un mes antes de la celebración, una junta organizadora de los festejos, en la que solamente eran personas visibles el presidente y el tesorero, todos ellos de la clase media o popular, se encargaba de visitar a las familias de la pequeña jurisdicción, con el objeto de coleccionar fondos para la mencionada fiesta.

En los pueblos de la provincia, donde había más de tres o cuatro barrios, se multiplicaban las celebraciones, y en los diferentes barrios se iban celebrando de domingo a domingo y cobraban un cierto cariz de competición, en el sentido de que los vecinos de cada barrio se esmeraban por derrochar buen gusto, principalmente en los arreglos del "calvario" y en la presentación de la cruz.

Desde la noche víspera de la fiesta, un grupo de voluntarios, formado por hombres maduros, por jóvenes y por niños, que ya habían conseguido en el monte ramas de arrayán y de sauce en las orillas de los ríos, se daban a la tarea de armar el escenario para colocar allí la cruz al día siguiente.

En las afueras del pueblo o de la vereda se elegía un sitio cuya visibilidad fuera fácil para los habitantes, explanaban un poco y colocaban una vara fuerte, como si se tratara de preparar un juego

de cucaña. A lado y lado de la misma, enterraban otras de menor altura, distribuidas simétricamente, y conservando distancia de hasta metro y medio. Con esas varas se llegaba a un total de siete "parales", nombre con que eran conocidas, una vez enterradas lo suficiente como para que no se cayeran.

A continuación cubrían con las ramas de arracán o de sauce los parales todos, valiéndose para ello de cabuya o de alambre, para luego tender lazos de manila, también cubiertos de ramas, desde el paral del centro hasta los de los costados. Esos lazos no oponían ninguna resistencia, pues se empleaban no más que para dar la "forma" al calvario.

Tendidos esos lazos ya forrados con ramas, entre una y otra vara, debían quedar con cierta convexidad. Se asociaba, sin dificultades, una hamaca, sostenida por los extremos en medio de dos pilares.

Cadenetas de papel, abigarradas, pues los eslabones iban colocándose de manera que los colores fueran alternando, contribuían a dar vistosidad al calvario de ramas.

Al pie de la vara principal, es decir, la del centro, se construía una peana (piaña en el lenguaje popular), para colocar allí la cruz, si ésta era muy grande; o un hueco sencillo, si el tamaño del símbolo cristiano no exigía la construcción de la base, denominación ésta que también equivalía a la peana.

El trabajo anterior, que concluía aproximadamente en la duermevela matinal, se iba desarrollando entre trago y trago de aguardiente o de ron, que los arquitectos en ciernes ingerían con frecuencia “para matar el frío” que a esas horas les cortaba el rostro.

Terminado así el escenario, venida la mañana se iban a la iglesia principal o la capilla más cercana los llamados “padrinos” y “madrinas” de la fiesta, para asistir a la bendición del madero de esperanzas. Generalmente la bendición de la cruz tenía lugar a las 8 de la mañana, cuando se celebraba la misa mayor.

De los brazos de la cruz pendían largas cintas de papel o de tela, unas rojas y otras blancas, que durante el recorrido eran sostenidas a lado y lado por los padrinos y por las madrinas y los “mayordomos”. Estos últimos tenían a su cargo un aporte monetario superior al que consignaban los simples padrinos.

Cuando pasaba la celebración de la misa, se iniciaba el desfile desde la puerta del templo hasta el calvario. Una orquesta, integrada por seis o siete músicos, esperaba en la puerta de la iglesia la salida de la cruz, para iniciar la marcha hacia el calvario. El desfile mínimo se abría con la interpretación de algún aire popular en boga, que por muy repetido se convertía en monótono.

Era allí donde se advertía el cariz de paganismo. Instintivamente, los que venían cargando la cruz y los padrinos y los mayordomos se balanceaban un

mínimo, como apresurando el baile que, en la casa del presidente de la junta organizadora o del tesorero de la misma, tenía lugar a las diez de la mañana.

En el rostro de todos los acompañantes de la cruz se manifestaba una cierta alegría incontenible, que tal vez no se debía al honor de llevar en procesión el madero bendito.

El almuerzo se hacía con suficientes gallinas, a fin de que pudiera alcanzar para los invitados y para no pocos noveleros de los que se agrupaban en la puerta de la casa para criticar, a solas o en compañía, la manera de bailar de algunas parejas o determinadas personas. Ese almuerzo no siempre se consumía en su totalidad, porque muchos invitados se iban quedando dormidos donde los acosaba el sueño: en el suelo, en una silla, junto a una mesa, etc., según la cantidad de aguardiente o de ron que hubieran ingerido.

La pólvora, durante el recorrido del desfile, anunciaba a los vecinos que la procesión se acercaba, que pasaba, o que iba llegando.

Ocurría muchas veces que esas parejas de padrinos que iban divididas por la cruz, pero casi unidas a través de una cinta blanca o roja, o a través de sonrisas furtivas, entablaban noviazgos que posteriormente concluían con el matrimonio y con prolongaciones humanas que se encargaban después de continuar aquellas tradiciones folclóricas.

La celebración de la fiesta de la invención de la santa cruz, el 3 de mayo, era más simple en Villa Hermosa y, en general, en los campos de la provincia, por cuanto allí no se contaba con la presencia del sacerdote que bendijera la cruz. Por consiguiente, en los campos se prescindía del desfile y del baile, pero no de los tragos y del suculento almuerzo.

Alicia había tratado de acabar con aquello; pero antes de proceder, reflexionó mucho.

Una tarde, cuando los niños se fueron para sus casas, empezó a recordar que cuatro días antes se había celebrado en Villa Hermosa la fiesta de la santa cruz, como lo habían hecho sus campesinos los años anteriores.

— De ninguna manera, pensó, puedo acabar con una costumbre que es inmemorial y que forma parte de nuestro folclor. Lo que puedo hacer es canalizar ésta hacia una meta verdaderamente cristiana. . . Jamás debo acabar con la nota folclórica. . . Todo esto es parte del riquísimo material colombiano de que habla en su libro de costumbres el señor Policarpo Lalinde. . . Debo respetar todo esto, aunque me fastidie la mezcla de cristianismo y de paganismo. Ellos, mis campesinos colombianos, no son culpables, pues obran de buena fe. ¿De dónde tomaron estas tradiciones? ¿Quién se las enseñó? Así proceden también, según he leído. . . muchos indígenas nuestros. . . en relación con muchas de sus prácticas. . . tal vez centenarias. . . , tal vez milenarias. . . Yo tengo las armas en mis manos para ir acabando con

estas cosas. . . , a través de la escuela. La historia patria. . . , las nociones de cívica. . . , ciertos temas de geografía. . . , todo esto puedo aprovecharlo para que, sin descuidar lo folclórico; sin abandonarlo, sin desarraigarlo, sin destruirlo, se pierda lo que es pagano. . . Pero. . . viéndolo bien, la cosa no es así como tan fácil. . . ¿Cómo haría yo para empezar. . . ? ¿Cuál es el comienzo de mi tarea? Muy difícil, ciertamente, porque los campesinos y los indígenas, no podrían concebir una celebración religiosa como ésta, sin mezclarla con lo estrictamente humano, porque ellos se criaron dentro de ese ambiente. . . Definitivamente, esto no se puede separar. Lo uno sin lo otro no tendría objeto para ellos. Sería tan absurdo como imponerles de la noche a la mañana que tomaran el almuerzo mientras el sacerdote celebra la santa misa. Todo es cuestión de costumbre. La costumbre la impone el medio. . . No, no es muy fácil cambiar. . . Ahora comprendo más porqué los sacerdotes, celosos como son y como siempre deben ser, de las buenas costumbres, de las costumbres cristianas, truenan en el púlpito y en cualquier otro lugar contra el derroche de licor que se hace en las festividades religiosas o de cualquiera otra clase.

. . . La nochebuena es una fiesta infantil, porque se está celebrando es el nacimiento de un niño. . . Es la fiesta de la inocencia. . . Es la fiesta de la ternura. . . Pero los grandes se apoderaron de la nochebuena. Se la robaron a los niños. ¿Desde cuándo? ¡Difícil que será averiguarlo o saberlo. . . La nochebuena, tal como ahora se celebra en todo el mundo, me parece a mí. . . , para los hombres no es sino el sinónimo de una cena. . .

Y toman. . ., y se emborrachan. Entre tanto, los niños. . ., los dueños de esa fiesta, duermen desde temprano.

En este campo es mucho lo que yo puedo hacer en favor de mis campesinos. ¡Cuánto tiempo había perdido yo, Señor, por no haber pensado antes en lo que estarías realizando aquí, si en lugar de mi persona, de esta Alicia Trespalacios que te pertenece por el amor con que tú la has mirado, fueras tú el maestro rural de Villa Hermosa.

+++++

CAPITULO XI

Engolfada como se encontraba Alicia en tan interesantes reflexiones, no había llegado hasta ella el llanto de una niña que pasaba por la calle, o mejor, que venía dirigiéndose a la escuela. Cuando ésta se acercó, Alicia percibió el llanto y se acercó también a la puerta. La niña venía a dar cuenta a su maestra buena de que hacía media hora había muerto su papá. Era Julio Santillana, a quien recordaba siempre por haber sido el primer padre de familia que visitó su escuela para tratar un problema relacionado con su hijo, el primer día de clase, hacía ya muchos años.

Santillana, según informaron a Alicia, había muerto casi repentinamente, de "cólico misere-re". Así llamaban entonces, tanto en el campo como en las ciudades y en los pueblos, ese in-

controlable dolor que produce un apéndice inflamado cuando se estrangula por falta de una operación a tiempo.

La maestra abrazó a la niña y lloró también con ella unos momentos. Le dio consejos para que soportara con resignación la pena, y le manifestó que iría a acompañarlos en el velorio.

Sin esperar más, Alicia tomó lo necesario, cerró las puertas de la escuela y salió en compañía de la niña. Al llegar a la casa campesina en que vivió siempre Julio Santillana, lo encontró tendido en el suelo, sobre una estera sucia y rústica y alumbrado por cuatro velas de sebo, dos de ellas junto a la cabeza y dos junto a los pies, una a cada lado. Entrecerrada la boca del difunto, se distinguían muy bien dos dientes del maxilar superior que descansaban su corona de oro en el labio inferior.

Alicia se detuvo un momento frente al cadáver, rezó algo mentalmente, apoyada la cabeza a la altura de los ojos, que así quedaban ocultos, entre el pulgar y el índice de la mano derecha, mientras el codo reposaba en el cuenco de la mano izquierda.

Cuando terminó su oración mental, se santiguó pausadamente y en seguida se dirigió a la madre viuda, quien lloraba inconsolablemente, cubierta la cabeza con un pañolón negro, para manifestarle su condolencia por la muerte de don Julio.

Minutos antes, los dos hijos mayores del difunto y dos señores amigos salieron con destino al pueblo para efectuar las diligencias del enterramiento y para traer el ataúd de la única funeraria que había en aquel lugar y que tenía un nombre muy sui generis, pues al tiempo que suscitaba hilaridad confesaba una verdad. Se trataba de la funeraria "Mi último refugio".

Aproximadamente a las once de la noche llegaron con el ataúd. Desde las seis se habían provisto en la casa de lo más necesario para el velorio. Alicia todo lo observaba y comprobaba que realmente era cierto lo que había oído cuando niña: los velorios en el pueblo se hacen con rosarios, con tinto y con aguardiente; los velorios en el campo, con rosarios, con credos, con tinto, con aguardiente y con gallina.

Desde que Alicia llegó a la casa del difunto se le impregnó ese olor característico de las velas de sebo, esa grasa sólida que extraen de los animales herbívoros. Resultan más económicas porque las más de las veces son de fabricación casera y prestan un gran servicio en el alumbrado de muchísimas casas campesinas.

Al percibir ese olor quedaba la impresión de que muy cerca del difunto había una sartén en la cual se estaba fritando algo.

A las seis de la tarde Alicia pidió el favor a las personas que se habían reunido allí, de que la acompañaran en el rezo del santo rosario, para ofrecerlo a Nuestra Señora por el alma de don

Julio. Había con ella nueve personas entre hombres y mujeres. Entonó el rosario muy devotamente y todos le respondieron de igual manera. Cuando terminó el rezo, se apareció una niña de una edad como de once años, con un pocillo de café para Alicia.

El respeto o el nerviosismo se encargaron de echar por tierra el pocillo y el café salpicó las medias de la maestra, las piernas de la niña, la falda de la viuda y los pies del muerto, que estaban envueltos, como todo su cuerpo, en una sábana de color algo más amarillo que blanco.

— ¡Ay, va!, dijo la niña.

— No te preocupes, que nada ha ocurrido, respondió Alicia.

— Traete un trapito, Julia, pa'limpiale las medias a la señorita, dijo muy apenada y sin ocultar un poquitín de rabia, la pobre viuda, cuyo dolor por la muerte del marido le arrancaba sollozos con frecuencia.

Alicia no permitió aquello, e impidió que la operación de limpieza de sus medias se llevara a cabo.

Media hora después, cuando el llanto de los deudos había cesado un poco, los asistentes fueron llamados por grupos a la cocina para tomarse un caldito.

La invitación caía muy bien, pues algunos de los visitantes bostezaban desde hacía rato, acos-

tumbrados como estaban a comer puntualmente en sus casas a las seis de la tarde.

Inicialmente estuvo Alicia a punto de disculparse para no aceptar aquella invitación, y no por orgullo o algo que pudiera parecersele a este prurito de superioridad que atosiga a tantas personas de la ciudad, sino porque de su nariz no se fugaba ese penetrante olor de las velas de sebo, que, al lado del difunto, y del color del difunto, formaban una como especie de olor a muerto.

— ¿Qué haría Cristo si estuviera en mi lugar?, pensó. Entonces se sobrepuso y fue en seguida a la cocina con dos personas más, entre las cuales estaba la madre de una de sus alumnas.

El caldito era algo así como un puntal o aperitivo para recibir lo que vendría más tarde. Junto a la cocina estaban las plumas pertenecientes a indefensos animales que habían pagado con su vida la inesperada muerte de don Julio Santillana. Sentada en un banco de madera y de cuero, Alicia fue perdiendo allí el repugnante “olor a muerto” que había traído de la salita, pues el olor a “cocimiento” de gallina fue para ella como un sedante después de haber soportado tanto tiempo el chisporroteo de las velas y el impresionante olor de éstas.

En la cocina presencié ella la conversación de dos vecinos. El tema giraba alrededor de la muerte de don Julio.

— Pos a mí me dijo la comadre Ramona que el compadre Julio había traído de la güerta un poco de pasto pa'picales a las bestias, y que él le había

dicho que como que se sentía malo ende que empezó a cortar la caña.

— ¿Y esu no sería vientu que cogió, don Chepe?

— Pos yo había creío lo mismo, pero la vaina fue más grave.

— ¡Santo Dios bendito! Es que uno pa'morise . . . yo no sé . . . Uno tiene la muerte es detrás de l'oreja. Y tuiticos tenemos que pasar puay.

— Güeno, como le venía contando, la comadre Ramona no siasustó mucho al prencipio. Pero, en después, al notar que don Julio taba blanco como la pared, a ella le entró miedito. Le dijo que siacostara, mientras ella le preparaba una agüita de canela. Pero dice que de naíta le sirvió. En la cama dizque empezó con unos retorcijones que casi lo hacían llorar, y que gritaba como un muchachito. Ella mandó ñamar entonces a don Nicolás.

— Don Nicolás es . . .

— Sí, este diaquí, el que reza: el curandero.

— Ya me lo imaginaba. Y es que ese señor ha teñío muy güenos aciertos, ¿sabe?

— Pero aquí se le jueron las patas con don Julio. Porque cuando le'staba diciendo a la comadre Ramona que le pusiera unas cataplasmas de aguardiente alcanforao con yerbagüena, don Julio empezó a voltiar los ojos, y no jue más. Ella salió entonces como loca, y se topó con la hija mía, que jue la

que corrió a avisame a la casa. Y ahí mesmo yo dejé las cosas comuestaban, y me vine a toa carretera. Cuando llegué, don Julio tuavía taba calentico, pero ya no había remedio.

— Es lo que yo le digo, don Chepe, que la muerte la tenemos detrás diuna oreja. Lo mesmito le pasó a don Cosme Gaona. ¿Ese no es el mal que ñaman “cólico miserere”? Ese no da espera.

— Yo toy por creer que ese jue el mal de que murió don Julio.

— El padre Sanclemente me dijo una vez que ese mal no daba espera. Y que lo ñamaban así por eso. Porque cuando se reza el miserere es porque ya to tá perdío.

— Pobrecito don Julio.

— Y la falta que nos va a hacer por aquí en la fraición. En toa la fraición; en toa Villa Hermosa. ¿No es cierto, doña maestra, que don Julio era mu güeno?

— Era un señor admirable. Servicial. Un gran vecino.

Alicia, que apenas estaba presenciando la conversación tuvo que intervenir, como sin darse cuenta, como lo hacen algunos niños espectadores ante una función de títeres.

La viuda de don Julio no se apartó del lado de quien hasta hacía pocas horas había sido su esposo.

Hasta la sala fueron a llevarle el plato de caldo, pero ni siquiera quiso probarlo. Volvió a sumirse en llanto, y a interrogar al muerto: ¿Por qué te juites, Julio, por qué? ¿Por qué no me llevates también a mí? . . . Ay, Julio, Julio de mi corazón, ¿por qué? ¿Por qué todo esto?

Se le acercó una de sus hijas, que lloraba también, para consolarla.

En la cocina, ya sin la intervención de Alicia, continuó el diálogo:

— Ahora lo embromao que va a ser pa toa la familia del compadre Julio. Porque él no tenía mucho. No es como dicen puay, que tenía centavos. A mí no me vienen con cuentos. Yo sí conocía bien las goteras de la casa. Lo que él había sembrao, tuitico lo estaba debiendo. Y menos mal que logró sacar el préstamo con la Caja, porque o de no, le hubiera tocao que quedase con los brazos cruzaos. ¡Pobrecito mi compadre! Tan trabajaor, que es lo que a uno le da pesar.

— Pos icómo no! Esues lo que yo digo, don Chepe. Ahora quién sabe quién se irá primero, si vusté o yo; porque como ya le dije, la muerte la tenemos detrasito'e las orejas.

— Pos eso lo sabe es el de arriba.

Dijo, y con el dedo índice de la mano derecha señaló hacia el techo, al tiempo que se quitaba

por un momento el sombrero con la mano izquierda.

Cuando Alicia terminó de tomarse su plato de caldo, salió al patio para recibir un poco de aire. El frío calaba los huesos. Quiso entrarse nuevamente en la cocina, pero prefirió ofrecer un sacrificio por el alma de don Julio. Comenzó entonces a pasearse con los brazos cruzados. En la sala habían cesado los llantos y las preguntas de doña Ramona. Le habían dado un calmante, y había quedado como dormida.

Cuando todos los visitantes participaron del refrigerio, hubo un alma piadosa, como piadosas suelen ser las mujeres de los hogares campesinos, quien propuso rezar los treinta y tres credos para sacar del purgatorio el alma de don Julio.

— Acompañemen (sic) dijo, a rezar los treinta y tres credos pa'que ayudemos a sacar del purgatorio a un alma bendita.

Antes de entonar el primer credo, se le ocurrió preguntar:

— Y vusté, doña maestra, ¿sí cre que las benditas ánimas, como la del finao Julio, salen del purgatorio cuando uno reza los treinta y tres creos?

La pregunta, lanzada así a quemarropa, necesitaba una respuesta rápida, no por haber sido hecha a quemarropa sino porque se había dirigido

a la maestra del lugar. Para responderla, tenía que andar con pies de plomo; primeramente, para no ir a enseñar de pronto una herejía; segundo, para no perder el grado de superioridad en que era tenida por todos los habitantes de Villa Hermosa, desde hacía tantos años. Sus conocimientos en materia de dogma, de moral y de culto, estaban un poco atrás. Los había renovado, sí, mediante la lectura de algunos libros que honraban su biblioteca. Pero la situación era difícil. Miró entonces con detenimiento a la buena mujer que le había propuesto ese caso de conciencia, y le respondió como quien domina la materia que encarna tantos distingos y subdistingos en que se envuelven los teólogos y los moralistas:

— Cuando alguna persona que es nuestra amiga, o que no conocemos, nos dirige un saludo, doña Petrona, sentimos cierta complacencia, y a veces hasta nos sonreímos para demostrarle que nos agradó el hecho de que nos hubiera saludado. Así debe ocurrir con las almas que están en el purgatorio, cuando un sacerdote reza o canta un responso. El único que en la tierra puede decirnos si el alma de un difunto está en el cielo es el Sumo Pontífice, o sea, el Papa, cuando beatifica a alguien, o cuando declara y define que es santo.

Es muy difícil saber, doña Petrona, continuó Alicia, a unos simples mortales como nosotros, si un difunto va directamente al cielo, o si entra al purgatorio, o si Dios le destina otro lugar. Claro que uno hace aquí suposiciones, como en el caso de don Julio.

Todos los circunstantes miraban a Alicia con suma atención. Ella continuó hablando:

— El fue una persona muy buena, todos lo sabemos. . .

— Ay, sí. Muy buena, muy buena, dijo un moce-tón que hasta ese momento, desde que empezó el velorio, no había dicho: esta boca es mía.

Todos lo miraron, con un cierto aire de reproche. El vecino lo codeó para insinuarle que había metido la pata por haber interrumpido a la maestra en la explicación que estaba dándoles. Ella, por su parte, como si nada hubiera ocurrido, continuó:

— . . . y ese pensamiento nos lleva a creer que don Julio está en el cielo.

Todos, sin excepción, comenzaron a mover la cabeza en señal de asentimiento, pero sin hablar.

— Yo, personalmente, lo creo así, continuó la maestra. Pero el juicio definitivo no puedo darlo yo sino Nuestro Señor. El Santo Sacrificio de la Misa es lo más indicado para los difuntos. Dentro de nueve días iremos al pueblo, desde ahora los invito yo, para que asistamos a una misa que mandaré decir por el alma de don Julio.

La noche iba corriendo. El café y los cigarrillos (Alicia no fumaba) se ofrecían a los asistentes con frecuencia. Aproximadamente a las dos de la mañana fueron invitados nuevamente los acompañantes

del difunto, o mejor, los asistentes al velorio, para "comer alguna cosita". Así dijo la joven que llegó a la sala para llamarlos, otra vez por grupos pequeños, en vista de que todos no cabían al tiempo en la cocina.

— Que pasen pa'ca pa' que se coman alguna cosita.

Alicia no fue capaz esta vez de ofrecer otro sacrificio por el alma de don Julio. Estaba sin comida, apenas con un plato de consomé, incapaz de impedir que ella estuviera bostezando con frecuencia, ya que se encontraba, además, un poco débil, por haber entonado tres rosarios, pues le parecía imposible aquello de asistir a un velorio para hablar de cosas que nada tenían que ver con la vida espiritual, con la vida del alma del difunto.

El muerto se estaba quedando solo. Poco tiempo después de que todos consumieron el sancocho, que les supo a gloria, algunas personas empezaron a desfilarse a sus casas, que eran las más vecinas a la de doña Ramona. Otras, cuyos hogares estaban distantes, resolvieron recostar a la pared sus asientos, apoyados éstos solamente en las dos patas traseras, para que el sueño viniera sin dificultades. A las tres y media de la mañana sólo había tres personas: Alicia, el hijo mayor de don Julio y la niña que, recién llegada la maestra, le manchó las medias con el café que dejó caer por un descuido, por nerviosismo quizás, en vista de que era la primera vez que tenía lugar en su casa un velorio.

Alicia, no obstante sentir que sus ojos se le caían, hizo frente a las imprudentes arremetidas de Morfeo. Soportó, pues, hasta el día siguiente.

El enterramiento estaba programado para las once de la mañana. Había entonces que disponerlo todo para viajar al pueblo.

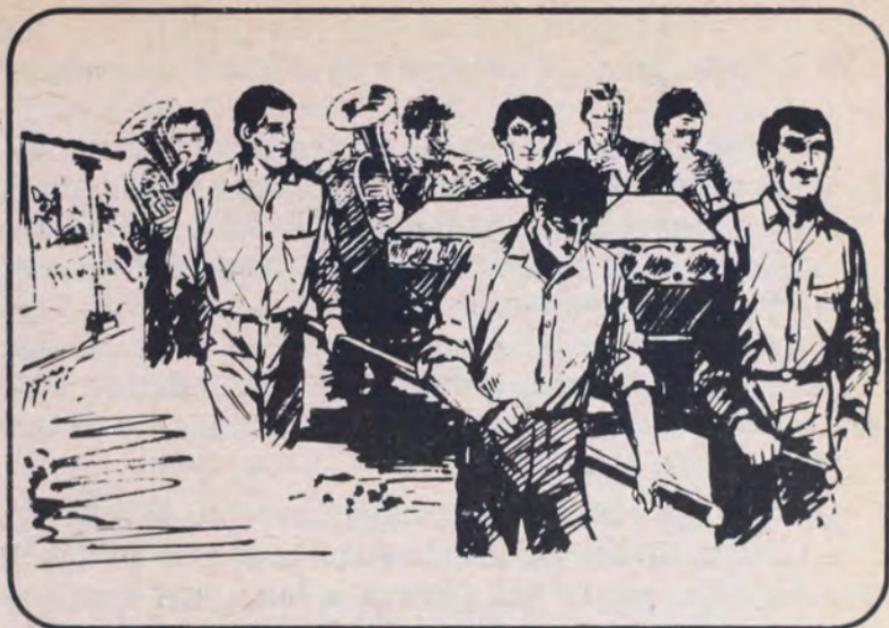
— Si me acuesto, pensó ella, es muy posible que pase de largo, pues mis ojos están cargados de sueño. Mejor espero la hora de salida.

La partida fue a las siete. Con Alicia iban 4 mujeres vecinas, los cuatro cargueros y cinco señores más. Llegaron casi a la hora indicada. El campanero ya había anunciado la ceremonia por segunda vez.

Cuando todo se hubo consumado, aprovechó ella para hablar con el señor cura acerca de la misa para cuando hubieran transcurrido los nueve días.

El señor cura anotó en su libro: Alma de Julio Santillana.

+++++



CAPITULO XII

Desde que Alicia vivía en el campo, consagrada a sus labores escolares, había dejado de ver los “entierritos de tiple”. Su viaje, con motivo de la muerte de don Julio, le dio la oportunidad de ver nuevamente aquello.

Alcanzó a verlo en la plaza, cuando ella y los demás acompañantes entraban en el templo para los oficios litúrgicos con que la Iglesia despidе a quienes han sido sus hijos.

El enterramiento de un niño se hacía sin la presencia del sacerdote. Salía de la casa de sus padres el “angelito” y lo conducían directamente al cementerio. Con tal motivo, Alicia apenas alcanzó a

mirarlo en el momento en que ella llegaba con las demás personas al atrio de la iglesia parroquial.

El ataúd de los "angelitos" era blanco siempre. Detrás de él iban los deudos y los acompañantes. Pero lo característico de estos cortejos no era precisamente la blancura, sino la orquesta que iba tocando un aire especial que tenía un mucho de clásico, de selecto, de popular, algo así que sin ser un popurrí, obligaba a decir: no es música de ningún clásico, no es un pasillo, no es un vals. . . ¿Qué será?

Se hizo tan ritual ese acompañamiento de música, que cuando moría algún niño en un hogar, lo primero que hacía el padre era buscar a los cinco músicos tradicionales para que acompañaran el entierrito. Un clarinete, una guitarra, un tiple, una flauta y una bandola eran los instrumentos consagrados. Más aún: se había arraigado tanto esa costumbre, que el más viejo médico del pueblo, quien había adquirido fama como pediatra, aunque no tenía especialización alguna, cuando le llevaban un niño para que lo formulara, no engañaba a los padres sino que les hablaba claramente: me perdonan que sea franco, pero ya este niño está de tiple.

Cuando el médico se expresaba así el caso estaba perdido para el niño.

Entendían entonces los padres del niño o de la niña, que debían visitar cuanto antes la funeraria "Mi último refugio", para dejar las medidas del "angelito" a don Salvador o a don Fortunato, los dueños de la misma, para que fueran fabricando el cajoncito.

Aunque tenía conciencia la maestra rural de que no sería criticada esta vez, como ocurrió en los primeros meses de magisterio, empezó a dudar acerca de si quedarse en el pueblo esa tarde con su señora madre y con sus hermanas, o irse con los deudos y amigos de don Julio Santillana para Villa Hermosa. Se inclinaba más a lo primero, sí, pero no tomaba una decisión. Con los vecinos de la fracción no tendría problema, mas tampoco podía estar segura de que en el pueblo pensara todo el mundo como sus amados campesinos. La decisión, sin que ella lo solicitara, fue tomada por el señor cura, quien se acercó muy cortés a saludarla, tan pronto como pasaron los oficios litúrgicos.

— ¿Y usted regresa ahora, señorita, a Villa Hermosa?

Antes de que ella le respondiera, él se encargó de decirle:



— Yo considero, señorita Alicia, que usted debe visitar a sus papás, quedarse esta tarde con ellos y viajar mañana.

— Pero no tengo permiso, padre.

— El permiso se lo estoy dando yo como inspector local. Y óigame bien: no es un permiso. Es una orden. Le ordeno que no viaje hoy sino mañana y eso cuando sean por ahí las ocho o las nueve. Yo me encargo de informar al señor inspector departamental que la quedada suya esta vez aquí, fue por una exigencia mía. Váyase a su casa, charle con su mamá, pues la noté como un poco resentida porque hace mucho rato usted no los visita.

— Pero no es culpa mía, padre Roberto. Los sábados y los domingos es cuando más trabajo tengo, porque debo preparar lo que voy a enseñar a mis muchachitos en la semana siguiente. Además, muchos padres de familia me invitan a veces a que pase el sábado o el domingo con ellos. Y si me niego pueden imaginarse que los estoy despreciando. Es por eso, padre Roberto, que (sic) yo no he venido últimamente a la casa. Cuando les hago esas visitas ellos se sienten orgullosos de que yo esté con ellos. No se imagina usted, padre, cómo se sienten de complacidos, y no saben de qué manera atenderme. Yo, por mi parte, aprovecho esas idas para darles consejos, para orientarlos, para enseñarlos a vivir mejor. Es mucho el bien que una maestra puede hacer en una fracción, padre. Yo lo he comprobado desde hace muchos años.

— Bueno, hija, todo eso está muy bien, pero usted debe comprender que su mamá necesita darse cuenta de que usted realmente la quiere. Vaya a saludarla a ella y a sus hermanos, quédese esta tarde, como le ordené y viaje mañana.

Se fue ella entonces a su casa, llena de contento y sin el peso de la duda, gracias a la determinación del padre Roberto, quien sabía muy bien, lo mismo que el inspector departamental de educación, cuál era la labor que ella estaba realizando en Villa Hermosa.

Gracias a ella, algunos adultos habían aprendido a leer; cada quince días reunía en la escuela a los mozos del lugar para conversar con ellos sobre sus principales necesidades; ellos le hacían confidencias, algunas veces en público si ello nada tenía de particular, y las más de las veces a solas, con el objeto de pedirle consejo. Generalmente esos consejos tendían al deseo de abandonar ellos el campo para irse al pueblo, pues decían que allá lo tenían todo. Otros le hablaban de amoríos incipientes, y de cuestiones por el estilo.

— Usted, Crescencio, decía ella una tarde a un jovencito que le expuso el deseo de irse a vivir en el pueblo para trabajar en albañilería, usted comete un error si abandona el campo. Esto no solamente le ocurre a usted. Esto le pasa a todas las personas, porque todo el mundo siente la necesidad de progresar, y cree que el progreso consiste en salir del lugar en que vive. Usted, que ha vivido siempre en el campo, aspira a vivir en mi

pueblo. Muchas compañeras que tuve yo en el colegio sintieron el deseo de irse a vivir en la ciudad; las que viven en la ciudad quieren irse para la capital, y así, cada uno cree que va a vivir mejor en esos lugares. Mi caso, como usted ve, es una excepción. Yo me cansé de mi pueblo, y no busqué la ciudad. Recuerde, Crescencio, que llevo muchos años de estar viviendo aquí en Villa Hermosa. A usted lo vi nacer y lo ayudé a nacer. Eso hace ya como quince o dieciseis años. No vaya a cometer esa imprudencia. Quédese en el campo. Trabaje en el campo. Viva siempre en el campo. Aquí no hay peligros. Piense en que aquí todo es alegría, todo es frescura, a pesar del trabajo. Usted aquí no va a encontrar vicios, que son el tremendo problema de los pueblos y de las ciudades. Aquí no se presentan atracos, Crescencio. Aquí todo invita a vivir. Aquí todo invita a gozar.

¿Olvidó ya, le dijo ella, olvidó ya, Crescencio, los versos que les enseñé cuando usted estaba en la escuela?

El la miró al rostro, frunció un poco el ceño y trató de sonreír, como buscando en las reconditeces del recuerdo o de la memoria, los versos que Alicia le había enseñado.

— ¿No recuerda aquello de:

“Qué descansada vida la
del que huye del mundanal ruido
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido”?

— Piense, agregó la maestra, que estos versos los escribió una persona que vivía en la ciudad: Fray Luis de León. Pero él sabía que la vida del campo era mejor que la de la ciudad, porque, precisamente, como ya le dije, en el campo no hay los peligros de la ciudad, no hay atracos. . . ¡A propósito, Crescencio! La semana pasada me trajeron una carta que me envió de la capital mi primo Tomás Antonio. Voy a leerle lo que él me cuenta acerca de un atraco que le hicieron. Esto no lo sabe mi tía Gumercinda. Si ella estuviera al tanto de eso, se moriría de pena la pobre viejecita.

Alicia fue a su alcoba con el objeto de buscar la carta a que había hecho referencia.

+++++

CAPITULO XIII

Transcurrido un minuto, aproximadamente, regresó con un sobre de correo aéreo en la mano derecha. Se puso cómoda frente al muchacho y le dijo:

— Oiga, Crescencio, lo que me cuenta mi primo: “sabrás, mi estimada Alicia”. . . No, esto no es lo que le quiero leer. . . ¿Dónde está lo del atraco? . . .

Volvió entonces la página y exclamó: ¡Ah, aquí está! Ponga atención. “El 25 del mes pasado nos hicieron una invitación los señores del sindicato. A las seis de la tarde de aquel sábado iríamos a cenar algunos profesores. Todo se llevaría a cabo en el Restaurante Plazas.

— Aprovechá la invitación, me había dicho mi esposa. Al menos eso, ya que aquí en la capital no te divertís, porque nunca podés salir solo, en vista de que hay tantos peligros. Por mí no te preocupés. Aprovechá, te repito.

A la hora indicada yo me presenté, Alicia, en el lujoso restaurante. Nadie había llegado aún. Entonces me dirigí a la persona que parecía ser el administrador y le pregunté:

— ¿Podiera usted informarme si un grupo de señores vino a contratar los servicios de una comida, para las seis de la tarde? . . .

— Efectivamente, señor. Para quince personas. ¿Me equivoco si pienso que es usted un invitado? Puede esperar allí, si le parece.

Yo sonreí, mi estimada Alicia, y el administrador me señaló una mesa de las varias que había en el comedor. En seguida me preguntó: ¿le apetece algo? ¿Un aperitivo?

— Gracias, le respondí. Es usted muy gentil. Tal vez dentro de un rato le acepte.

— No se preocupe, me dijo él. Es cortesía de la casa.

Había adivinado seguramente él que yo no aceptaba el ofrecimiento por carecer del dinero disponible. Porque habrás de saber, querida prima, que no son pocos los trabajos que mi esposa y yo pasamos aquí, por la falta de dinero. Con frecuencia añoramos la vida de la provincia, la vida de pueblo, donde todo es más barato, y puede uno ahorrar aunque sea un poco. Aquí ni siquiera tenemos para ir a cine una vez al mes.

Yo tomé asiento. El administrador me hizo servir un trago de vino. Cuando empecé a saborearlo, en seguida recordé los tiempos del seminario. El gusto de ese vino me pareció exacto al que empleaban los padres para celebrar la misa.

Cuando eran las seis y quince minutos, llegaron otros invitados. Nos cambiamos sonrisas y saludos de protocolo”.

— Proto. . . ¿qué, señorita Alicia?, preguntó Crescencio.

— Pro-to-co-lo, respondió ella silabeando la palabra que por primera vez escuchaba el muchacho. Y agregó: Protocolo es el conjunto de reglas que se practican en las ceremonias de saludo entre los diplomáticos. Por ejemplo, cuando se visitan oficialmente los altos jefes. Cuando va un representante de un país a la casa del señor presidente de la República, tanto el presidente como el personaje que va a visitarlo emplean ceremonias especiales para el saludo. No es un saludo común y corriente como el que su papá puede darle, por ejemplo, a don Casiodoro Tapias. Mi primo emplea aquí el término protocolo, para dar a entender que el saludo y las sonrisas que se dirigieron los profesores, no fue más que por cumplir con un requisito. ¿Me hago entender, Crescencio? . . .

Ante la respuesta afirmativa de él, Alicia continuó leyendo la carta de su primo.

“Se repitió entonces el ofrecimiento de otra cortesía de la casa, como dijo el señor administrador, y todos aceptamos. A las seis y cuarenta ya había trece personas. La cena se sirvió a las siete, aunque no habían concurrido todos los invitados. A las nueve de la noche, aproximadamente, nos despedimos.

A mí me quedaba muy difícil, prima, llegar hasta la casa. Es que el transporte es uno de los problemas que tiene el barrio en que vivimos. De noche, principalmente, y a ciertas horas del día, uno no encuentra en qué viajar; y si por la noche está en el centro de la ciudad, se expone a que lo atraquen. Lo que te estoy contando, Alicia, parece una novela, como te vas a dar cuenta.

Te sigo contando, pues. Un señor del sindicato me ofreció su carro y su chofer para que yo pudiera trasladarme hasta la casa. Le acepté sin pensarlo dos veces. La necesidad se imponía. De ninguna manera iba yo a andar con protocolos”.

— ¿Ve usted, Crescencio? Otra vez la palabra, para indicar con ello que de ninguna manera iba él a ponerse a decir que no, cuando en realidad estaba deseoso de que lo llevaran hasta su casa.

Le sigo leyendo la carta, pues:

“Lleve al profesor y venga por mí en seguida, fue la orden que le dio al chofer en mi presencia. Ya habíamos recorrido buena parte de la autopista que va del centro de la ciudad hasta el aeropuerto. El chofer no me hablaba, como todos ellos acostumbran. Yo había comprendido que la orden de llevarme no le había caído muy bien. Le había caído peor que los tragos a ciertos invitados. Por eso conceptué que lo mejor en esos momentos era guardar silencio también.

Si le parece puede dejarme aquí, señor, le dije para evitarle molestias. Y el chofer no se hizo

repetir mis palabras. Me bajé del auto y le di las gracias”.

En la puerta de la escuela estaba recostado, desde hacía unos momentos, un compañero de Crescencio, también exalumno de la escuela rural de Villa Hermosa. Era un muchacho de aproximadamente quince años. Manifestó ciertos deseos de escuchar el cuento que Alicia estaba leyendo, según dijo después, y Alicia, comprendiendo lo que su antiguo alumno deseaba, le dijo:

— Venga, Roque, siéntese aquí, que a usted también le puede interesar lo que le estoy leyendo a Crescencio.

El muchacho no se hizo repetir la invitación. Tomó asiento en la banca más cercana a la en que estaba Alicia y en seguida dijo:

— ¿Es una carta. . .? Yo creía que era un cuento sacado de algún libro, como los que usted nos leía el otro día, señorita.

— No, Roque, es una carta de mi primo Tomás Antonio, en la cual me relata algo que le sucedió en la capital. Oiga para que se entere de lo que es vivir lejos del campo.

Continuó, pues, ella la lectura, tantas veces interrumpida.

“Empecé, entonces, a caminar a pasos largos, Alicia. Pero, a pesar de eso me faltaba mucho

tiempo todavía para llegar a mi casa. Me detuve al cabo de un rato, para descansar. A pesar del frío de la noche, el ejercicio me había puesto a sudar.

En ese momento, prima, me preguntó una figura que salía como de las sombras: ¿qué hora tiene, por favor? . . .

— Tengo las. . .

Fueron esas dos palabras lo que alcancé a responderle. Yo había elevado un poco el brazo para mirar el reloj. Pero más rápido que yo procedió el hampón. ¡Ah!, grité.

El hampón acababa de arrancarme de la muñeca el reloj. Al mismo tiempo, con su frente, me había dado un golpe en la mía. Y yo, quizás por instinto de conservación, eché hacia atrás la cabeza. Sentí en ese momento como si me hubiera dado un puño en la nariz. La sangre empezó a fluir.

— ¡Cuidado con gritar!, me dijo él. Ya me había puesto algo entre la garganta y parte de la nuca.

— Si gritas, continuó él, te corto la yugular. En seguida agregó: la plata. Necesito la plata. Todo lo que tengas ahí.

— Alicia, yo temblaba de pavor. Ese movimiento ininterrumpido fue tal vez lo que me impidió controlar los esfínteres, y me llenó de consecuencias buena parte de mi vestido.

— No me mate, señor, le dije con palabras entrecortadas, presa de terror.

— Si gritas, te-ma-to, repitió pausadamente el hampón”.

Quando Alicia leyó esta parte de la misiva, notó cómo los ojos de sus dos oyentes estaban a punto de salirse de las órbitas. Tanta impresión les había causado la lectura que ella les estaba haciendo.

“Ya me había introducido él, Alicia, la mano izquierda en uno de los bolsillos del pantalón. Yo, invocando mentalmente a Dios, como lo hacía cuando era niño e iba a pedir un permiso al padre superior en el seminario, y temeroso de caer allí víctima de un trastorno, soporté que el ladrón me introdujera la mano en todos los bolsillos.

— Pero ¿es que me tienes miedo?, me preguntó él, cínicamente”.

— Yo no había oído esa palabra, señorita, pero por lo que dice la carta me doy más o menos cuenta de lo que quiere significar, dijo Roque. Y agregó: ¿es una cosa así como que el ladrón veía como normal lo que estaba haciendo?

— Efectivamente, Roque. Cínico quiere decir descarado.

— Eso pensaba yo. Un cínico es un hombre que no tiene vergüenza.

— Exactamente: un sinvergüenza, un descarado, un villano, un follón. Ya entienden, pues, qué quiere decir cínicamente. Les sigo leyendo entonces.

“Pero, ¿es que me tienes miedo?, me preguntó él cínicamente. Y agregó: Te estás orinando, so idiota.

El atracador se sintió defraudado, Alicia. Solamente me encontró veinte pesos en el bolsillo izquierdo del pantalón y cuarenta centavos en el derecho. La hemorragia, entre tanto, continuaba. La sangre me había manchado el saco, la camisa y los pantalones. No contento el mugroso ladrón con los veinte pesos y los cuarenta centavos, me sacó la chequera. Mi saldo en el banco era de doscientos once pesos.

— ¡Cuidado, señor,! me atreví a decirle, tartamudeando un poco a causa del miedo que me dominaba. Y agregué: no se lleve eso, porque es usted el que se perjudica.

El hampón examinó entonces la portachequera, querida Alicia, tal vez para ver si encontraba billetes en los compartimientos secretos que tiene. En seguida me la arrojó a la cara. Ya él me había soltado, pero yo no dejaba de temblar. La chequera también se manchó con la sangre, que parecía incontenible.

— ¡Hijuepadre!, me dijo él para despedirse, pues ya se disponía a marchar. Estaba lleno de ira. Me provoca, agregó, volverte chicuca la cara con esta navaja.

Me mostró el arma. Pero no procedió. Yo seguía temblando, ahora más que antes. En seguida desapareció en las sombras de que minutos antes había salido.

Tratando yo de frenar la hemorragia, que afortunadamente ya era menor, saqué un pañuelo y me lo llevé a la nariz. Empecé entonces a caminar poco a poco, como para evitar que el ejercicio aumentara la salida de la sangre. Yo miraba hacia arriba, y dejaba de caminar a trechos, para no perder el equilibrio. Logré así llegar al pie de un faro, y creí que iba a desfallecer.

Un automóvil pasó con dirección al aeropuerto. Quise ocuparlo para llegar pronto a la casa. Ya eran las diez y treinta de la noche. La señal acostumbrada fue inútil. El conductor no me contestó con palabras, pero me sacó la mano izquierda y me hizo una seña con los dedos. Yo interpreté el único sentido que esa seña tenía. En ese momento, yo hubiera podido sonreír. Lo hice después, cuando ya estaba calmado.

Logré llegar a la esquina en que hay una variante para ir al barrio en que vivo: "Los peñales". Encontré una tienda abierta. Era paupérrima".

— ¿Qué quiere decir paupérrima?, interrogó Crescencio.

— Paupérrima, Crescencio, es el superlativo de pobre. Paupérrima es lo mismo que decir: muy pobre. Demasiado pobre.

— ¡Ajá!, respondió el muchacho para significar con ello que había entendido.

“En esa tienda, querida prima, hablaban dos señoras con un hombre que parecía ser el tendero. De paso te digo que tenía la misma figura de don Patricio la Turra, el que nos vendía mantecadas en la esquina de la casa de don Hipólito.

— Vecino, le dije yo, hágame un favor.

El hombre me miró con ojos de veterana picardía. Y me preguntó en seguida: ¿en qué puedo servirle. . . ?

— Cámbieme, le respondí, un cheque de veinte pesos, o regáleme, si le es fácil, sesenta centavos para completar lo de la buseta y así poder llegar a mi casa, vecino.

Ahora yo hablaba con cierta serenidad, sin titubeos, Alicia.

— De cambiarle el cheque, me respondió con una sonrisa, más bien le regalo esto.

El hombre me entregó entonces un puñado de monedas que tenía. Yo las conté. Había un peso con treinta y cinco centavos. Mil gracias, mil gracias, señor, le dije. No me sentí defraudado.

Las dos mujeres como que se esforzaban por adivinar, apenas cruzándose miradas, lo que podría haberme pasado. Yo miré a las tres personas que tenía delante de mí. En seguida les dije: fue que me atracaron hace unos momentos.

— ¡Ay!, exclamaron las dos mujeres.

— Otro, dijo una de ellas, y miró a su compañera y al tendero con visible sorpresa.

— Desde que lo vi con ese pañuelo en la nariz, repuso el de la tienda, y pidiéndome esa clase de favor, adiviné lo que le había pasado. Ya he visto aquí muchos casos como el suyo. A esta tienda vienen todos. Parece una pila de agua bendita. Y dele gracias a Dios de que lo dejaron con ropa. Casi todos los que llegan, vienen con los calzoncillos nada más. Usted, vecino, lo que estuvo fue muy de buenas. ¡Muy de buenas, caray!

Una camioneta particular se detuvo allí, estimada prima. Venía del aeropuerto. El conductor me llevó hasta Los Peñales. El había pedido una caja de cigarrillos. Me miró sobresaltado, pues según me dijo mi esposa al día siguiente, yo parecía un gladiador sin honra. El se enteró también de lo que me había ocurrido, y, compadecido de mí, quizás, resolvió llevarme hasta la casa en su camioneta.

Cuando llegué, Leonela estaba leyendo. Suspendió la lectura y corrió a abrirme la puerta. Al verme lleno de sangre, estuvo a punto de gritar; pero yo la previne a fin de que los vecinos no se enteraran. No grités, le dije. No conviene.

Y no era para menos, Alicia, al verme ella en una figura como tan desastrosa. Entonces yo, después de mudarme esas ropas y de ponerme la pijama, le narré todo lo ocurrido, que es, ni más ni me-

nos, lo que te he contado a vos en estas páginas, prima.

Mis hijos, Mauricio y Marcela, ya se habían acostado. Leonela temblaba y derramaba lágrimas. Sólo vino a calmarse después de unos minutos de haber escuchado este relato.

El domingo permanecí acostado toda la mañana. Leonela se encargó de procurarme los remedios caseros que estaban más a la mano, como lo había hecho desde que llegué a la casa con cara de Cristo y con pechera de soldado muerto. Estos remedios, Alicia, no eran más que paños de agua fría sobre la cabeza y sobre la nariz. De vez en cuando hacía inhalaciones de árnica para obligarme a estornudar. Quería extraerme, quizás, la sangre coagulada que me impedía respirar bien, desde la noche anterior.

Te repito, prima, que no debés contar nada de esto a mi mamá, porque la vieja podría hasta morir. Bastante me recomendó que no me viniera del pueblo. Pero es que uno es terco, y cree que la ciudad es el paraíso terrenal.

Cuando hablés a tus alumnos. . .”.

— Oigan esto, muchachos, dijo Alicia, que es un consejo para ustedes..

“Cuando hablés a tus alumnos, prima, deciles que por nada de este mundo vayan a cambiar el campo por el pueblo. Eso es una locura. Yo estoy tratando de vender la casita que me adjudicaron el

año pasado, para irme otra vez para nuestra tierra. Averiguame por ahí en Villa Hermosa si hay posibilidad de comprar una finquita que no sea muy cara. Yo quiero vivir en el campo, para no sufrir tanto como se sufre por acá.

Bueno, prima, creo que ya estarás cansada de leer estas cuartillas.

“Mi saludo para ti lo hago extensivo a mi tía y a mis primos”.

— Lo demás, les dijo Alicia a sus antiguos alumnos, ya no tiene importancia, muchachos.

Después de la lectura de la carta que le había escrito desde la capital su primo, Alicia continuó haciendo una bella apología de la vida del campo, e inquietó con ello, para bien del muchacho, al joven que le había manifestado su deseo de abandonar el campo e irse para el pueblo.

Pasaron después a considerar otros temas de interés para todos, y salieron luego al corredor de la escuela para recibir a alguien que llegaba.

+++++

CAPITULO XIV

La muerte reciente del señor Santillana había dado tema a la buena maestra para enseñar a sus alumnos que en todo momento debemos estar preparados para recibirla, como venga y donde venga. Los cristianos, les decía ella, debemos estar llenos de fuerza espiritual para no temerla cuando venga por nosotros. Por eso es necesario vivir en paz con Nuestro Señor, huir del pecado. . .

— ¿Y cómo es un pecado, señorita?, le preguntó un alumno.

El niño esperaba atento la respuesta, y con él, otros compañeritos. Alicia se le acercó, le puso la mano en la cabeza y le dijo:

— El pecado es algo que no tiene forma, como la tiene, por ejemplo, este pedacito de tiza blanca, o este cuaderno, o este libro, o esta casa en que estamos reunidos ahora. Si usted me pregunta cómo es una casa, yo le puedo responder fácilmente, Jorgito, más o menos así: una casa es un conjunto de cuatro paredes unidas en los extremos, con una o con dos puertas para poder entrar, con ventanas para que entre la luz y con un techo en la parte de arriba, para que el agua y el sol no caigan, para que no impidan vivir ahí.

De esa manera usted más o menos me entiende cómo es una casa. Pero no puedo decirle cómo es un pecado. Le puedo decir, sí, qué es un pecado. ¿Quiere saber qué es un pecado?

— Sí, respondió el niño secamente.

— Un pecado es una ofensa, un ultraje, una maldad, un irrespeto que las personas le hacemos al Señor; a Dios. Un pecado es una mancha que nos impide llegar al cielo, donde están los angelitos. Si ustedes van algún día a visitar a un señor de mucho respeto, al señor cura, por ejemplo, o al señor gobernador, se ponen el mejor vestido que tienen y se presentan muy limpios, bien bañados. Pero si de un momento a otro les echan en el vestido un poco de pintura, o un poco de tinta, entonces tienen que desistir de presentarse ante el señor cura o ante el señor gobernador, con el vestido manchado. Ya les he explicado que ustedes, y sus hermanitos, y sus hermanitas, y sus papás y sus tíos, y sus amigos, y, en general, todos los hombres, tenemos, además de esta parte humana, que son los brazos, las piernas, la cara y todas las partes del cuerpo, tenemos, repito, algo que no se ve, que no se puede tocar como toco esta silla, esta banca, esta camisa. Eso que no podemos ver ni tocar, pero que está dentro de nuestro cuerpo es lo que se llama. . .

— El alma, respondió un niño que estaba muy atento en la última banca de las ocho que había en el salón.

— El alma, precisamente. El alma es lo que manchamos nosotros cuando cometemos un pecado.

— Entonces, maestra, ¿qué es pecar?. . . Así preguntó otro niño.

— Pecar, respondió ella, es decir alguna o algunas palabras que vayan en contra de lo que Dios ordenó en los mandamientos; o pensar algo que vaya también en contra de lo que Dios ordenó; o también desear cosas que fueran contra esa misma ley de Dios; pero. . . se requiere que uno al pensar, al decir o al desear algo, se dé cuenta de que con eso va a ofender al Señor, y al darse cuenta, consienta en eso. Mientras uno no advierta que va a ofender a Dios, no comete pecado. O si advierte, pero no consiente en eso, tampoco comete pecado.

Por eso decía un santo, que se llamó San Agustín, que la conciencia se encargaba de decirle a uno cuándo había pecado.

De esa manera enseñaba Alicia la religión a sus alumnos. Con ejemplos prácticos, con explicaciones, no por cierto muy didácticas, pero sí con facilidad, para que sus alumnos le entendieran.

Había llegado ella a un grado tal de bondad en sus costumbres, que se atrevió una mañana a decir a sus campesinos: miren niños: ustedes saben muy bien que yo los estimo como si fueran hermanitos míos, y sé también que ustedes y sus padres me tienen mucha estimación y mucha confianza. Pero el día que ellos o ustedes sepan que yo no practico las cosas que les digo, no vuelvan a creerme nada de lo que les enseño en estas clases de religión.

El tiempo seguía pasando, y el amor de Alicia al campo, a sus campesinos y a sus alumnos, iba creciendo más y más.

CAPITULO XV

La maestra de Villa Hermosa había enmarcado su vida, desde hacía muchos años, entre la abnegación, el entusiasmo, la decisión para realizar sus propósitos, y el innegable espíritu de trabajo. En todos estos atributos se notaba, además, una permanente alegría que brotaba de la paz de su alma.

Su fama como educadora se había hecho cada día más notoria.

Los días se multiplicaron, y se fueron muchos meses, y vinieron nuevos años. Agotada mucho, empezó a sentirse enferma, y estuvo a punto de pedir traslado para el pueblo. Sin embargo, lloraba junto al pensamiento de tener que abandonar la veredita de sus amores, en la que se había iniciado como educadora, y donde tanto había aprendido en medio de privaciones y a través de un consejo del superior inmediato.

Ya habían transcurrido diez y nueve años. Se agravó de un día para otro. No fue posible conducirla al pueblo, y por ello tuvo que ser llevado el médico a la escuela de Villa Hermosa. Con él viajó también el señor cura, pues aquél consideró

oportuno que el sacerdote lo acompañara también; según los informes que recibió, empezó a considerar que el caso era perdido.



Media hora después de haber salido del pueblo el médico y el sacerdote, viajaron también la anciana madre de Alicia, Manuelito su hermano, quien se había convertido ya en don Manuel Trespalacios, y dos hermanos de éste.

El médico no se había equivocado. Avisó al párroco que lo mejor era prestarle ya los auxilios espirituales. Una hora más tarde, Alicia era cadáver.

En cuestión de minutos se fueron reuniendo los vecinos de Villa Hermosa, pues la noticia de la

muerte de la maestra se regó como pólvora. Jóvenes, ancianos, niños, todas aquellas personas que se habían beneficiado con las enseñanzas de Alicia, acudieron sin pérdida de tiempo. En seguida se tomaron todas las precauciones para llevarla hasta el pueblo y darle sepultura. Por consejo del médico, la anciana regresó antes en compañía del párroco y de don Manuel. Cuando calcularon en la fracción que los tres viajeros ya habían llegado al pueblo, se dispusieron a marchar con el cadáver de la maestra. Los nobles campesinos de la vereda se disputaban el honor de llevarla en sus hombros. Todos sus alumnos, exceptuados tres de ellos, pues no supieron a tiempo la noticia de la muerte, le hicieron compañía, portando varias coronas de rústica armadura. Allí el amor y el dolor disipaban bellamente los remilgos o huidas de la estética. Mientras los hombres llevaban el cadáver de la santa, los niños aprovechaban los descansos que se hacían para entonar cantos alegres, bellísimas rondas, como si ellos fueran celebrando una fiesta infantil o una procesión de triunfo. Pudo serlo. Nada se oponía a ello. Parece que, obedientes todos, cumplían una enseñanza que la maestra les había dado al hablarles una tarde de la muerte de los justos. Ellos sabían muy bien que su maestra era buena. Lo había confirmado el señor cura después de confesarla. . . , y de aplicarle la Exremaunción.

— Debemos imitarla todos, les había dicho él, emocionado, porque la maestra que tenían era una santa.

En repetidas ocasiones, los niños entonaron un himno que empezaba así:

“Gloria y honor cantemos hoy.
Cantemos todos noche y día”.

Comenzaba la tarde cuanto todos llegaron al pueblo en que había nacido la maestra rural de Villa Hermosa.

El enterramiento, que se efectuó esa misma tarde, produjo gran admiración entre la gente del lugar, que no había visto jamás una demostración tan grande de generosos sentimientos.

A los funerales asistió el señor gobernador, quien, tal vez para darse cuenta de los problemas del municipio, estaba allí de visita. No faltaron los demás señores y señoras de importancia.

Mezclada entre la multitud se distinguía perfectamente la faz amable de quien, años atrás, había dado a conocer la frase consoladora con que logró llevar una vida de perfecta santidad: Alberto Hurtado.

Caminaba lentamente el antiguo inspector, ebrio de contento y de estupefacción, porque había logrado, sin dificultad, santificar un alma; ebrio de lástima, porque esa alma santa se iba casi prematuramente.

Daba gusto mirar la gran calle de honor que partía de la iglesia y terminaba en el cementerio.

Junto al féretro o ataúd, que era de color blanco, caminaban los notables. Era aquello un concierto de lágrimas y de sollozos.

A petición de los niños, y sólo de los niños, que habían venido del campo para enterrar a su maestra buena, las campanas repicaban en cambio de tocar a muerto. Era un contraste de las emociones.

El blanco ataúd llegó al cementerio cuando ya las estrellas ensayaban su lumbre.

El antiguo inspector, que por cierto había preparado una oración muy sentida, se sintió incapaz de hablar. Es que hay circunstancias, de todo el mundo conocidas, en que los ojos del hombre improvisan caudales que ahogan las palabras. Pero una vez sepultado el cadáver, una voz infantil—flautín evocador en el concierto grave de las tristezas profundas— se escuchó muy sonora cuando dijo lo siguiente:

“Acabamos, señores, de enterrar a una santa. Seguramente hemos obrado mal, porque los santos son unos héroes, y los ojos de los héroes no tienen porqué estar en lo profundo de la tierra. Los héroes tienen que levantarse para mirar hacia arriba. Por eso muchas estatuas están mirando para lo alto”.

El niño hizo aquí una pausa para sobreponerse al llanto. Reposado un poco, continuó así:

“Para que Dios nos perdone, y para que tenga pronto en el cielo a la maestra que supo enseñar-

nos tantas cosas buenas, recemos un Padre-nuestro”.

Los asistentes rezaron, y la plegaria se extendió por el ambiente casi nocturno.

“Para que todos vivamos mejor que las estrellas, continuó, no dejemos de pensar en las palabras que muchas veces nos repitió nuestra buena maestra: ‘¿Qué haría Cristo, si estuviera en mi lugar. . .?’”.

Al regresar a sus campos, venida la mañana, ya no cantaron los niños, porque. . . los hombres también lloran.

CAPITULO XVI

La de Alicia fue una muerte muy sentida y lamentada en su pueblo. Durante mucho tiempo estuvieron llegando a la inspección escolar mensajes de condolencia de diversas regiones del departamento y de fuera de él. En los periódicos de la provincia a que pertenecía Villa Hermosa se publicaron notas necrológicas, lo mismo que en tres diarios de la capital del departamento.

En uno de esos diarios, Alfonso Rico Linares, quien había conocido muy bien a la maestra de Villa Hermosa, escribió lo siguiente:

Es verdad que la muerte, cuando viene a segar vidas, nunca procede caprichosamente. Es muy

cierto, además, que las personas más unidas a Dios por el amor, la apetecen como una golosina de infancia. Pero también es verdad que para usar su guadaña (¿ella sentirá vergüenza o pena?) lo hace a espaldas de la honradez, ya que siempre se esfuerza por llegarse a los hombres como jugando a las escondidas. La muerte a todos nos impresiona después de la siega, pues tiene alma de hueso y corazón de vacío. Para ella la vida no es más que un gran circo a donde viene para divertirse, y no para divertir como los buenos payasos.

Hace ya algunos meses, cuando Leocadia, la lavandera, planchaba su ropa azul de domingo, la muerte se escondió debajo de los manteles que estaban soportando el calor de las brasas. Desde allí, abrigándose tal vez, o evitando que alguien descubriera sus huellas, sus viejas huellas de frío, guadañó, con sorpresa, la vida siempre sencilla de aquella pobre mujer.

En los comienzos del presente año, ella, la muerte, buscó tal vez en un pesebre antiguo la vieja corona de Baltazar o la roída capa de Melchor, para entrar como rey mago a uno de los hospitales de nuestra capital, donde robó, marrullera, la noble vida de Justo, el hombre sencillo y bueno que jamás tuvo enemigos. Buscaba ella la manera de perderlo algún día en la mejor oportunidad, porque no le perdonaba el único delito cometido por él en sus periódicos de provincia: escribir notas de duelo, siempre bellas y sentidas, para despedir así a los amigos que morían.

Esa muerte marrullera vivió engañando a Miguel, durante no pocos años, con algunas libaciones de esencias espirituosas que ella le hacía apurar, como si fueran brebajes de secreta esperanza, o vino de recuerdos o pócimas de olvido. El engaño duró hasta hace algunos días porque le arrancó la vida en Puerto Bucarelia. ¡Cómo hemos lamentado la desaparición de ellos, lo mismo que la eterna ausencia de Guillermo, de Alberto, de Ana Dolores y de Luis Eduardo!

Pero si esto nos ha llenado el corazón de amargura. . . ¿qué no diríamos ahora, los viejos admiradores, los que siempre nos honramos con la amistad de Alicia Trespalacios?

Nos resignamos, sencillamente, porque comprendemos bien que los designios de Dios están siempre por encima de las trazas humanas.

La muerte sufría de envidia desde que Alicia había comenzado a cultivar con amor su vocación de maestra, para dominar un mundo desde la escuela rural, pues ella jamás soporta que pueda haber en la vida dominadoras o reinas. Hacerse maestra, dominadora de la ignorancia, constituye una forma de mostrarse a los demás como patriotas sin límites o como héroes o conquistadores.

Ellos, los maestros, nunca sienten envidia por el vuelo de los pájaros, y se complacen cada día más en que los árboles puedan ser más altos, y más frondosos los cámbulos, y los sauces, más erguidos.

Esta buena maestra, amiga de las más sinceras, estaba llena de fuerza y de fe en el porvenir. Tenía conciencia de su valer, porque su alma no se había oxidado.

En la escuela rural de Villa Hermosa estaba hablando de frente a esos niños que consideraba como pedazos de su propia alma. Y gozaba en lejanía, con los recuerdos elementales que le venían del hogar, a través del amor a su madre y a sus hermanos. En medio de su alegría, posiblemente consideraba, y con muchísima razón, que su vida de maestra, todos sus sueños como educadora, iban a la par con la amplitud del espacio que ella había conquistado con su trabajo siempre agotador en los campos de la ciencia.

Un año apenas la separaba de la época feliz en que el descanso reclama un límite para su amor: el trabajo. Había vivido diecinueve años dedicada a la docencia, pero nunca había pensado en regresar a su hogar, porque aspiraba a continuar regando semillas elementales en los surcos de la ciencia, para que luego las cosecharan los campesinos de la vereda.

Pero llegó de nuevo el payaso. Desde un cerro pequeño, junto a los niños de la vieja escuela, la misma muerte se llenó de asombro cuando vio que la maestra se desplomaba como vieja rama para quedar sembrada al pie del mismo cerro.

Hemos llorado tu ausencia, maestra de Villa Hermosa. Hemos comprendido más que los hombres nada somos ni valemos en la tierra; y, fi-

nalmente, Alicia, hemos rogado por ti al Dios en quien tú creías, para que te lleve pronto a los edenes del cielo, paraíso que nosotros queremos conseguir, y allí gozar, como tú, con la presencia de angelitos rubios, sin sobresaltos y sin temores de que llegue el payaso.

Como la fe nos asiste y la esperanza nos da valor en medio de los fracasos, quitamos hoy de los ojos otro poco de lágrimas, y volvemos a decir con palabras que nos salen del propio corazón, donde quedan tu recuerdo y el recuerdo de tus sueños: "¡Dios lo ha querido así. Bendito sea!".

Además del escrito anterior, llamó mucho la atención también una nota que envió el señor Secretario, de Educación Pública, quien se había posesionado recientemente de su cargo, y quien había tenido referencias, por conducto de sus colaboradores, de la manera como había cumplido sus obligaciones, como educadora, la que por tantos años había estado al frente de la escuela rural de Villa Hermosa.

Con la llegada de esa nota, se llegaron también los rumores de un homenaje póstumo por parte del gobierno.

El nuevo orientador de la cultura en el departamento, había pedido la hoja de vida de la difunta maestra, y encontró, inexplicablemente, que jamás había recibido un premio por sus desvelos. Fue entonces cuando reunió a varios colabora-

dores suyos, entre los cuales estaban dos jefes que había tenido Alicia.

El señor secretario expuso la idea de condecorar a la señora madre de la difunta, y entre aquellos no hubo quién lo contradijera; antes bien, celebraron unánimemente esa idea, que ellos consideraron como un acto de justicia. Propuso uno de ellos que no se dijera más escuela rural de Villa Hermosa, sino "Escuela Alicia Trespalacios".

Cuando todo fue aprobado, se acordó que el primer sábado del mes siguiente, en cambio del reglamentario centro pedagógico, se desarrollara en el pueblo un programa especial para imponer la medalla "Fermín Ferro", con la cual el departamento acostumbraba galardonar a sus educadores, a la anciana madre de Alicia.

El señor inspector de educación, comisionado por su jefe para elaborar el programa, y para tener en cuenta que todo se desarrollara de la mejor manera, desplegó una gran actividad. Colaboró grandemente el señor cura, y se contó con la ayuda eficaz de todas las autoridades civiles, de las dos comunidades religiosas que había en la cabecera municipal, y de los profesores y los alumnos de las escuelas normales.

El día de la ceremonia todo se llevó a cabo en forma conmovedora.

Principalmente cuando la anciana madre de Alicia se puso de pies para agradecer, improvisada-

mente, el bello gesto del señor Secretario de educación y de sus colaboradores.

Desde la fuga de Alicia a los edenes del cielo "para jugar con angelitos negros y con angelitos rubios", como jugaba con sus amigos, los niños campesinos, Villa Hermosa quedó constituida en algo así como un puesto para prebendados. Veinte días después de aquella muerte, la vacante fue provista con una maestra que gozaba de méritos en el pueblo, desde hacía muchos años, como buena educadora. Ella misma se encargó de pedir ese favor al señor secretario y le fue concedido sin vacilaciones. Las demás educadoras que han llegado a la "Escuela Rural Alicia Trespalacios", han recibido la designación como un privilegio, como un galardón, como una prueba más de que el gobierno reconoce los méritos de sus buenos y abnegados servidores.

Cuando la nueva maestra llegó a Villa Hermosa, como directora de la "Escuela Rural Alicia Trespalacios", el inspector escolar le hizo compañía, lo mismo que el señor cura y el señor personero. El inspector se puso a hojear y a ojear los libros reglamentarios que habían pertenecido a Alicia, y encontró que todos ellos se encontraban en regla.

Entre tanto, la nueva maestra y el señor cura leían títulos de los doscientos dieciseis libros que había en la biblioteca. Como perdido entre ellos había un cuaderno forrado en papel manila azul, en el que podía leerse: "Diario Intimo".

Comenzó a leer el inspector, en la página primera, y encontró que allí decía:

Lunes, 8 de febrero de 19. . . Yo no estoy acostumbrada a la falta de luz. Esta oscuridad me mata. Menos mal que Manuelito me acompaña, para no sentir miedo. Yo no voy a durar mucho aquí.

El inspector, que leía en voz alta, volvió la página para continuar leyendo. Por iniciativa del señor cura, tomaron asiento en las bancas o pupitres, para sentirse cómodos, a fin de continuar la lectura de ese diario que habían descubierto.

Allí leyeron unas doce páginas. He aquí otra anotación:

3 de mayo. Tengo que mirar de frente la vida, como dijo el señor inspector. Debo pensar mucho en la pregunta que se hacía tantas veces el señor Hurtado, el señor Alberto Hurtado: **¿Qué haría Cristo si estuviera en mi lugar?**. . . Efectivamente: Si Cristo estuviera enseñando aquí en lugar de mi persona ¿habría sacado al hijo de don Cleofás? Si Cristo estuviera enseñando aquí, ¿dejaría de pasar lista todas las mañanas?. . . ¿Dejaría de preparar clases?. . . ¡De ninguna manera! ¿Y por qué yo no puedo mirar de frente la vida, como dijo el señor inspector? ¡No volveré a perder tiempo! Te lo prometo, Señor. Solamente iré al pueblo cuando tenga una necesidad extrema. Ayúdame, Señor a ser buena, para servir a éstos campesinos como debo hacerlo. Con dedicación, con desinterés, y, principalmente, con amor. Dame tú, Señor, la fuerza que necesito para servirte como tú deseas.

Este diario es un tesoro, exclamó el señor cura. Esto no puede quedarse aquí. Creo, señor inspector, que como no es un libro reglamentario, usted podría dejármelo para llevárselo yo al señor obispo.

— Estoy perfectamente de acuerdo con su reverencia, padre. Estas notas debe conocerlas el señor obispo.

CAPITULO XVII

Ya han pasado muchos años. En un cementerio cercano a mi tierra, hay una lápida original, junto a la cual siempre hay pajarillos muy mansos que se recrean con amor sobre amapolas gamadas. Tampoco hace falta allí alguna gente que implora favores a la maestra rural que trabajó en Villa Hermosa durante 19 años. Los que pasan se detienen, miran fijamente lo que aparece escrito en aquella lápida, y nunca preguntan nada, porque la frase consoladora 'que hizo tan amplio y fácil un camino hacia la gloria, les habla de Villa Hermosa, y de quien supo amar a Dios y a la vida desde el noble y feliz magisterio de una escuela rural.



Acción Cultural Popular: un ideal hecho
servicio. 30 años de fe en el pueblo colom-
biano.

Biblioteca del Campesino

LIBROS EN CIRCULACION

- | | |
|--|------------------------------------|
| Avicultura | Juegos y diversiones |
| Cantemos con el tiple | La madre y el niño |
| Cantemos con la guitarra | La vaca del campesino |
| Carnes y huevos | Las abejas |
| Conejos y curfés | Las respuestas de mamá |
| Cooperativa de ahorro y crédito | Los cerdos |
| Cuadros campesinos | Los derechos del ciudadano |
| Cuentos infantiles | Maravillas del mundo animal |
| Cultivo de frutales | Modistería |
| Despierta campesino | Múltiples usos de la madera |
| Dulces, pasteles y postres | Nuestro precursor |
| El café | Ovejas y cabras |
| El Evangelio de San Lucas | Piscicultura y pesca |
| El Evangelio de San Mateo | Primeros auxilios |
| El ganado de carne | Producir y ganar |
| El mundo vegetal | ¡Qué bueno ser colombiano! |
| El perro | Sexo y matrimonio |
| Enfermedades comunicables | Tierra fértil |
| Geometría y agrimensura | Un lugar para mi hijo |
| | Verduras y frutas |

LA POTENCIA DEL PUEBLO COLOMBIANO



radio sutatenza

Bogotá: 810 kHz

Medellín: 590 kHz

Cali: 700 kHz

Magangué: 960 kHz

Barranquilla: 1010 kHz